

“LA FORTUNA DEL MENDIGO”

Farsa en dos actos, original de

Rogelio San Luis

PERSONAJES

(Por orden de aparición)

FLOR

NICOLÁS

CAROLINA

SERGIO

CRISTINA

ALFREDO

CELIA

DANIEL

ESCENARIO

Lujosa sala de una suntuosa mansión, confortable y moderna, en los alrededores de una gran ciudad. Se advierte la grandeza, equilibrio y refinadísimo gusto en los detalles más insignificantes.

Puertas en los laterales. A la izquierda del foro, siempre del espectador, amplia escalera de mármol. Puerta de la calle en el centro de este término. Barandilla al jardín en el primero derecho.

ACTO PRIMERO

(Se alza el telón. Atardecer de un día de otoño. La escena vacía. Se escucha fuerte música de striptease, que va decreciendo hasta dejar de oírse. Suena el timbre de la puerta de la calle. Por la derecha entra FLOR. Veinte y pocos años. Muy atractiva y de buenos modales. Viste riguroso uniforme de doncella. Abre la puerta y vemos a NICOLÁS. Treinta años. Menudo, derrotado y sucio. Viste andrajoso.)

NICOLÁS.-Buenas tardes, señorita.

FLOR.-Buenas tardes, caballero.

(Extiende la mano.)

NICOLÁS.-Una limosna..., por el amor de Dios.

FLOR.-Un momento, por favor.

(Cierra la puerta. Por la escalera baja majestuosa CAROLINA. Sesenta años. Excesivamente preparada para aparentar bastantes menos. Viste como la gran dama que es.)

CAROLINA.-¿Algún regalo?

FLOR.-Todo lo contrario, señora. Es un mendigo.

CAROLINA.-¡Un mendigo! ¿Se distingue bien? ¿Está usted segura?

FLOR.-Solicita una limosna.

CAROLINA.-¡Un mendigo en mi puerta! Me han contado que existen muchos. ¿Cómo? ¿Cómo es?

FLOR.-Pues... joven.

CAROLINA.-¡Oh!

FLOR.-Humilde.

CAROLINA.-¿Es posible?

FLOR.-A la luz... se ve muy sucio.

CAROLINA.-¡Ideal!

FLOR.-Se expresa como un menesteroso.

CAROLINA.-¡Lo tiene todo! ¿Habla idiomas?

FLOR.-Ignoro si ejerce la profesión en el extranjero.

CAROLINA.-¿Potencia la imagen? ¿Sigue el dictado de la moda?

FLOR.-Viste un corriente uniforme de trabajo. Es probable que luzca el de gala para pedir los domingos.

CAROLINA.-Qué injusto es el mundo, Flor. Parece mentira que un ciudadano, reuniendo tantas cualidades, precise mendigar. Nunca he tenido ocasión de alternar con un indigente. De ampliar mi círculo social con un pobre de carne y hueso. ¡Me hace tanta ilusión compartir unas horas con él! Tal vez... ¡El Jueves Santo! Partícipeselo y dele mis más respetuosos saludos.

FLOR.-Lo que usted ordene, señora.

(Va a la puerta.)

CAROLINA.-¡No! No está bien despreciar a un necesitado. Puede ser un espíritu sensible y le generamos un trauma para el resto de sus días. Hágale usted pasar.

(Mutis por la derecha. FLOR abre la puerta. NICOLÁS sigue con la mano extendida.)

FLOR.-Señor, ¿tiene la amabilidad de tomar posesión de su casa?

(Baja la mano.)

NICOLÁS.-¿Me... está invitando usted...?

FLOR.-A pasar.

NICOLÁS.-Preciso una limosna sin cursar instancia. El tiempo, señorita, también es oro para nosotros. Pagan muy mal la hora de mano extendida.

FLOR.-La señora tiene mucho interés en conocerle. ¡Por caridad...! No le haga ese desaire.

(NICOLÁS entra resignado. FLOR cierra la puerta.)

NICOLÁS.-Este protocolo... ¡Oh! ¡Qué casa! ¿Es para vivir? No creo que sea de verdad. ¡Dan ganas de comerla! Ay..., parece de chocolate.

FLOR.-Acomódese en el sillón, caballero.

NICOLÁS.-Lo voy a manchar...

FLOR.-¿Teme que se le descuente de sus honorarios?

(Se sienta en un sillón en el primer término izquierdo.)

NICOLÁS.-¡Qué bien me encuentro en este sillón! ¡Ah! Debo de estar soñando. ¡Inventan cada cosa...! Je... Llevaría el sillón a la calle; me sentaría en él, como si fuese mi despacho, y pediría con dignidad. ¡Me sentiría importante!

FLOR.-¿A quién tengo el honor de anunciar?

NICOLÁS.-Ahora... Estoy empezando a dudar.

FLOR.-Puede entregarme su tarjeta de visita.

NICOLÁS.-Los mendigos carecemos de tarjetas de visita. Tampoco poseemos documento de identidad. Nuestras credenciales son anónimas como nuestros seres. Me llamo... Nicolás. Sólo soy en voz bajita: Nicolás. Y de profesión..., sus limosnas.

FLOR.-Su currículum apasionará a doña Carolina.

(Mutis por la derecha. Por la izquierda entra SERGIO. Sesenta años largos. Muy bien conservado. Jovial y distinguido. Viste uniforme de tenis. Porta una raqueta. NICOLÁS se inhibe.)

SERGIO.-Hermoso atardecer.

(Se levanta.)

NICOLÁS.-Aquí... es más fino.

(Mutis de SERGIO al jardín. Por la derecha entra CRISTINA. Treinta y pocos años. Vital. Esbelta, guapa y elegante. Viste uniforme de tenis. Porta una raqueta.)

CRISTINA.-No se quede usted de pie.

(Mutis al jardín. Se sienta confuso. Por la derecha entra CAROLINA.)

CAROLINA.-¡Mi querido don Nicolás!

(Se levanta.)

NICOLÁS.-¿Es... a mí...?

CAROLINA.-¡Qué gran acontecimiento recibir a un mendigo de su alcurnia!

(Le ofrece la mano para ser besada.)

NICOLÁS.-¿La mano...? ¿Se... le puso... así?

CAROLINA.-Oh, no. Mi mano, inerte o con muñón, estaría tan disminuida para las fórmulas sociales...

NICOLÁS.-Entonces... Usted... ¿También... pide?

CAROLINA.-Plausible ocurrencia, don Nicolás. Decir que yo... ¡Ja, ja, ja! No tema en mí la competencia.
Bese usted mi mano.

NICOLÁS.-La puedo contagiar...

CAROLINA.-Por el alma de sus bienaventurados difuntos.

(Se la coge y muerde.)

NICOLÁS.- ¡¡Haaam!!

(Hace una genuflexión y la suelta.)

CAROLINA.-¡Aaah! Jamás mi mano ha sido besada con tanto donaire.

(Le observa con impertinentes.)

Igualito; tal como me lo imaginaba. Tan exquisito, tan presentable, tan equilibradamente helénico.

NICOLÁS.-Sólo quería...

(Se sienta en un sillón de al lado.)

CAROLINA.-Lo sé, lo sé. Pero siéntese usted y gocemos de esta entrañable tertulia.

(Se sienta.)

NICOLÁS.-Voy a coger el vicio de sentarme así.

CAROLINA.-Mi adorable amigo... Comprendo que se sienta confuso ante esta situación. A un mendigo, y le considero mendigo en el mejor sentido de la palabra, no se le acoge como si fuera una visita.

NICOLÁS.-Muy lejos de eso, señora.

CAROLINA.-No me llame señora, Nicolás. No me humille usted. Llámeme... Carolina.

NICOLÁS.-Me resulta difícil.

CAROLINA.-Dios se lo pagará.

NICOLÁS.-Está bien... Carolina.

CAROLINA.-¡Correctísimo! Ay, comenzamos a aproximarnos, a intentar ser iguales. ¿Es que entre usted y yo hay alguna diferencia?

NICOLÁS.-Entre usted y yo... El sexo es lo que menos nos distingue.

CAROLINA.-Procedemos de la misma fábrica. ¡La gran fábrica de la naturaleza! Una Empresa modelo por su producción. La que creó los mares, los ríos, las flores, los animales, los astros... ¡El hombre! Los dos nos beneficiamos del milagro. No me va a decir que todo esto se lo pidieron a la Virgen de Lourdes.

NICOLÁS.-Venimos de alguna fábrica, no se lo discuto. Pero de la que provengo yo... estaba en suspensión de pagos.

CAROLINA.-¡Qué gran herejía! Obsérvese. Haga un inventario de su ser. ¿Cuántas cositas encuentra?

NICOLÁS.-A simple vista... Brazos, piernas, ojos...

CAROLINA.-¡Coincidimos!

NICOLÁS.-Escarbando algo... Corazón, un poquito de sangre...

CAROLINA.-¡Somos dos cuerpos gemelos! ¿Entiende ahora por qué podemos ser contertulios de la misma sociedad? A nuestros esqueletos, el día de mañana, ¿les van a poner el nombre en la tibia para diferenciarlos?

NICOLÁS.-Desgraciadamente carezco de esqueleto. Una vez me miraron por Rayos X y, como soy pobre, el médico no me lo vio.

CAROLINA.-A los pobres, querido, se les percibe el esqueleto sin necesidad de examinarlos por Rayos X. Ah, ¡la hora!

(Toca una campanilla. Se levanta.)

NICOLÁS.-¿Tengo que... irme?

(Por la derecha entra FLOR. Porta una bandeja con dos servicios de té.)

FLOR.-Señores: El té está servido.

CAROLINA.-¡Qué dicha compartir el té con un pordiosero!

(NICOLÁS se sienta. FLOR deja la bandeja sobre la mesita, que hay delante de ellos, y sirve.)

FLOR.-¿Terrones?

CAROLINA.-Uno.

FLOR.-¿El señor?

NICOLÁS.-Medio.

CAROLINA.-Estamos en confianza. No se reprima usted.

NICOLÁS.-En este caso... ¡Media docena!

FLOR.-... cuatro, cinco y seis. Que le siente bien a los señores.

(Mutis por la derecha. Grotescos.)

CAROLINA.-¡Delicioso!

NICOLÁS.-¡Tan dulce!

(Beben. UN MOMENTO.)

CAROLINA.-¡Ay...!

NICOLÁS.-¡Oh...!

CAROLINA.-Nunca me he sentido tan bien relacionada a la hora del té.

NICOLÁS.-Mi sentimiento... es semejante.

CAROLINA.-Hemos hecho de esta hora una feria de trivialidades. Lo ideal sería intercambiar temas trascendentales. Que Dios es ateo, por ejemplo. Pero sin distinción de clases. El acaudalado con el pobre, el general con el soldado enemigo, el Papa con la prostituta, el verdugo con el condenado... ¡El mundo unido por una tacita de té!

(Dejan las tazas. Lleva dolorido las manos al estómago.)

NICOLÁS.-Me duele mucho... esto. ¿Cómo se llama?

CAROLINA.-Estómago. ¿Come usted de un modo desmedido?

NICOLÁS.-Tengo... náuseas... ¡¡Aaah!!

(Devuelve el té y le pone rápida una servilleta en la boca.)

CAROLINA.-Mi gentil Nicolás... No vomite usted nuestra civilización.

(Por la derecha entra FLOR.)

FLOR.-¿El señor se encuentra mal?

CAROLINA.-Una ligera indisposición. Puede retirar el servicio.

(Recoge todo.)

FLOR.-Que el señor se recupere para honra de la sociedad.

NICOLÁS.-Muchísimas gracias.

(Mutis de FLOR por la derecha.)

CAROLINA.-Me congratulo de verle un hombre nuevo.

NICOLÁS.-Sin el té... vuelvo a ser el de siempre.

(Por el jardín entran SERGIO y CRISTINA. Visten igual. Portan sus raquetas.)

CRISTINA.-Estás en plena forma, papá.

SERGIO.-Me conservo. ¡Oh! El señor era un invitado. Buenas tardes.

(Se levanta.)

NICOLÁS.-Buenas... tardes.

CRISTINA.-Dispense que antes... ¿Un amigo de la infancia, mamá?

(Se levanta.)

CAROLINA.-Una preclara amistad recién estrenada. Nicolás es un mendigo que nos ha hecho el honor de llamar a nuestra puerta.

CRISTINA.-¡Un mendigo! ¿Son así? No se le nota nada, nada, nada...

SERGIO.-Debe de ser un mendigo de incógnito. ¿No nos engañas, cariño?

CAROLINA.-¡Os juro...! Amadísimo... Mi hija Cristina.

(Le extiende la mano y se la besa cortés.)

NICOLÁS.-Es un placer.

(Genuflexión.)

CRISTINA.-¡Cuánta donosura, Nicolás!

CAROLINA.-Sergio, mi marido, a pesar de todo.

(Le extiende la mano y se la estrecha.)

NICOLÁS.-¡Don Sergio!

SERGIO.-No me discrimine, Nicolás. Llámeme simplemente Sergio.

CRISTINA.-Y a mí sólo Cristina. Nosotros somos de lo más sencillos por miedo a los terroristas.

SERGIO.-¡Cómo envidio su linaje! Con su árbol genealógico, un escudo. ¡Lo adivino! Una palma de la mano extendida sobre un campo de plata.

NICOLÁS.-Mis inquietudes por la heráldica...

CRISTINA.-Pero estudiaría los orígenes de su pobreza. En algunos pedir es hereditario. ¿Sigue usted la tradición familiar o presume de ser autodidacta?

NICOLÁS.-Ignoro cualquier vínculo familiar. Soy hijo único del mundo. Yo creo que me trajo en el pico una cigüeña negra y me dejó ubicado en un rinconcito de la vía pública.

CAROLINA.-¡Noble aterrizaje a la vida! El problema sería amamantarse. O usted... ¿no lo precisaba?

NICOLÁS.-Mis recuerdos de la lactancia son muy confusos. Cuando lloraba en mi parcelita... ¡Je! La señora que me veía... sacaba un pecho y me daba una rica limosnita. Quedaba dormido y así que despertaba... , como aquello era un maná, lloraba con todas mis fuerzas. Tenía que estimular a la clientela. ¡Pasen, señoras, pasen! Se paraba otra alma caritativa... ¡y nueva racioncita!

SERGIO.-¡Cuántas madres tuvo usted!

CRISTINA.-Su lactancia fue de lo más surtida.

CAROLINA.-¡Probó leche de todas las marcas!

NICOLÁS.-A veces, al pedir, me equivoco y les suplico a las señoras: “Hoy no he ido al restaurante. Un pecho, por el amor de Dios”.

(CRISTINA saca un pecho.)

CRISTINA.-Yo con sumo gusto, pero...

NICOLÁS.-De ninguna manera. No lo puedo consentir.

(Lo guarda.)

CRISTINA.-Con su permiso voy a mudarme. Luciré un vestido acorde con su prestancia.

(Mutis por la escalera.)

SERGIO.-Seguiremos conversando, Nicolás. Tengo la sensación de hallarme ante una pieza de museo. Creía, perdone mi ignorancia, que personalidades como usted eran fruto de otra época.

(Mutis por la escalera. Se aproxima a la barandilla.)

CAROLINA.-¡Qué bello crepúsculo de otoño! Disfrute de él como yo. Usted también puede contemplarlo.

(Se aproxima.)

NICOLÁS.-¿Es gratis?

CAROLINA.-La naturaleza, por ahora, sigue estando libre de impuestos. ¿Le gusta?

NICOLÁS.-¡El mejor de mi humilde colección! Este crepúsculo quita las ganas de pedir.

CAROLINA.-Toda una frase lapidaria. Mi apreciado Nicolás... hay que prolongar este momento. ¡Eternizarlo! Precisa la música adecuada como un majar su salsa.

(Pone un disco.)

¡La Pastoral! ¡Beethoven! ¡Un gran privilegio!

NICOLÁS.-¡Incita al ayuno!

(Permanecen extasiados en la barandilla. UN MOMENTO.)

CAROLINA.-¡Sublime!

NICOLÁS.-Me encantaría que este instante no tuviese fin. Parece... que ya soy un inquilino del cielo. Me veo allí ocupando el sillón que nos tienen reservado a cada pobre.

(Por la escalera bajan SERGIO y CRISTINA. Visten lujosos.)

CRISTINA.-¡Oh! Nuestro ilustre amigo es un devoto del milagroso Beethoven.

(Retira el disco.)

CAROLINA.-No se puede esperar otra cosa de un espíritu tan refinado.

SERGIO.-La música amansa a los mendigos. Nada mejor que ofrecerles muchos conciertos.

NICOLÁS.-Llenaríamos todos los teatros del mundo sin necesidad de vestarnos de etiqueta.

(CAROLINA y CRISTINA se sientan en sillones del primer término. Se abanican.)

SERGIO.-Siéntese, por favor.

NICOLÁS.-Usted primero.

SERGIO.-Sería una ofensa.

(Se sienta próximo a las señoras.)

NICOLÁS.-Muchísimas gracias.

(SERGIO se sienta formando grupo. Ofrece su pitillera.)

SERGIO.-¿Un cigarrillo?

NICOLÁS.-No puedo aceptarlo. Mis ingresos me prohíben fomentar vicios.

CRISTINA.-Ay, resulta deliciosa esta velada con un indigente. ¡Qué suerte tienen ustedes que las pueden celebrar todos los días!

NICOLÁS.-Hago una vida tan marginada...

CAROLINA.-No se debe menospreciar ante los suyos. Piense, por lo que nos ha contado de su lactancia, que usted fue un pobre prodigio.

NICOLÁS.-Muy lejos de la realidad. Mi vocación de pobre se despertó tardíamente. ¡Era tan dichoso jugando en la calle con los niños de mi edad! Me consideraba superior a ellos. Sus mamás, al anochecer, los castigaban sin seguir jugando y los encerraban en sus casas. Yo, en cambio, permanecía solito en la calle hasta la salida del Sol. Era maravilloso vivir y dormir así. ¡Solo bajo las estrellas! Me creía dueño del mundo. Me otorgaba la propiedad de todo lo que veía a mi alrededor. Una noche coincidí con unos señores. “Mira - le dijo ella a él - tan pequeñito y ya es pobre”. Me sonrojé. ¡Me dio mucha vergüenza! Mi ser había estrenado un trauma.

SERGIO.-¿Por esa calumnia?

NICOLÁS.-No iba a querellarme...

SEGIO.-En su lugar..., ¡ni caso! Usted era un niño muy susceptible.

NICOLÁS.-Empleé ardides para superar mi conflicto psíquico. Les respondía a los transeúntes: “¿Yo pobre? Me tomáis el número cambiado. Mi abuelo posee grandes plantaciones de tabaco en Cuba”.

CRISTINA.-Pero la gente... ¿La embaucaba?

NICOLÁS.-¡Naturalmente! Y, para que no dudasen, les regalaba un habano a cada uno. Me curé sin ir al psiquiatra y acabé creyéndome millonario.

CAROLINA.-¡Qué infancia más feliz la suya!

NICOLÁS.-El trauma se albergaba en mi interior. Me obligaba a deshojar la margarita de la fortuna: “¿Soy pobre? ¿No lo soy?” Salió sí. ¡Qué disgusto tuve! Se desvanecieron mis morbosas fantasías. Pensé que la pobreza era una enfermedad infantil. Un sarampión negro y contagioso por no haberme vacunado contra la miseria. “Así que sea mayor..., desaparecerá totalmente”. Erró mi ojo clínico. Crecía, crecía, crecía... No fue un sarampión. ¡Era un mal congénito!

(Llora amargamente.)

SERGIO.-¡Nicolás!

CAROLINA.-¿Por qué llora usted?

NICOLÁS.-Lloro... porque soy un menesteroso.

CRISTINA.-¡Qué emoción! Nunca he visto llorar por eso.

NICOLÁS.-Mi realización existencial es de una monótona penuria. No hago nada más que pedir. Un día, otro día... ¡Es muy aburrido!

SERGIO.-Nadie está contento con su suerte. Reconozca que vale más lo malo conocido...

NICOLÁS.-La mendicidad desgasta mucho. Los colegas débiles duran muy pocos años. Yo empiezo a acusar el estrés. Tengo que seguir cumpliendo con mi deber. Morir en acto de servicio. Continuar así sin ningún protagonismo. Oscuro, silencioso, derrotado. Sólo aprendí a pedir con una mano. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

CRISTINA.-Tantas cosas...

CAROLINA.-Puede, por ejemplo...

(SERGIO, CAROLINA y CRISTINA se van levantando lentos.)

SERGIO.-¡Pedir con las dos manos!

CRISTINA.-¡Crear en Dios!

CAROLINA.-¡Votar en unas elecciones libres!

SERGIO.-¡Seguir las cotizaciones de bolsa!

CRISTINA.-¡Declarar a Hacienda!

CAROLINA.-¡Contemplar escaparates!

SERGIO.-¡Ir a una guerra!

CRISTINA.-¡Ver la fotografía de Miss Universo!

CAROLINA.-¡Tener un cáncer!

SERGIO.-¡Peregrinar al Vaticano!

CRISTINA.-¡Suicidarse en la Capilla Sixtina!

CAROLINA.-¡Todo! ¡Absolutamente todo! También puede... conocer nuestra sobria mansión. Venga, acompañeme. Es una vivienda sencillita, tan sencillita...

(Mutis de NICOLÁS y CAROLINA, que lo lleva del brazo, por la izquierda.)

SERGIO.-Nunca me he imaginado que existiese esta especie humana. Creía que eran artistas de circo. Nicolás es una vergüenza para nuestra civilización. ¡Estamos obligados a redimirle!

CRISTINA.-Le estoy cogiendo un cariño... Podría venir a comer todos los domingos. De postre, le haríamos un flan. Y más adelante...

SERGIO.-Pasaría la Navidad con nosotros. Cantaríamos juntos los villancicos. Colgaríamos su limosnita del árbol de Noel.

CRISTINA.-Escribiría su carta a los Reyes y dejaría aquí su zapatito... Claro que si sólo tiene los puestos..., esa noche va a andar a la pata coja. Le eximiremos de su zapatito.

SERGIO.-Los Reyes Magos no les regalan a los pobres porque la mayoría no tienen zapatos. Ahora comprendo que los mendigos, con pierna amputada, se las ofrecieron para un obsequio grande, y Sus Majestades se las dieron a comer a sus camellos. Tendrá que dejar su zapatito. Así poco a poco...

(Por la derecha entran CAROLINA y NICOLÁS.)

NICOLÁS.-¡Viven en un palacio!

CAROLINA.-¿Para qué nos sirve? El día de mañana arribamos ante San Pedro, con la casa bajo el brazo, y usted cree... ¿que pasamos la aduana? ¿Que nos dejan entrar con ella? Estoy segura de que nos dice: “El cielo tiene un montón de metros cuadrados, pero colocamos aquí vuestra vivienda terrenal... y nos quedamos sin solar”.

SERGIO.-Estimamos que darle una limosna a Nicolás sería hacerle una vejación. Nos ilusionaría más...

CAROLINA.-¿Qué?

CRISTINA.-Nos honrase comiendo el domingo con nosotros.

NICOLÁS.-¿¿Yo??

CAROLINA.-Ahora... ¿Vamos a devolverlo al arroyo? ¿Darle con la puerta en las narices? Nosotros, sólo nosotros, somos los culpables de fabricar desheredados. Siento por él tanto afecto... ¡Está pidiendo a gritos su redención! Por favor, Nicolás, pasee ante nuestras almas generosas. ¡Muéstrese! Exhíbese como si cruzase la pasarela de un desfile de modas.

NICOLÁS.-Se están mofando de mí. Mi ser no está esculpido por la alta costura de ustedes. ¿Voy a pasar mi miseria y esta ropa andrajosa?

(Se oye música pop apropiada.)

SERGIO.-Ante ustedes: ¡Nicolás!

CRISTINA.-¡El gran modelo humano!

CAROLINA.-¡El estilo social que se lleva esta temporada!

(NICOLÁS, resignado y sin fuerzas, desfila grotesco como si lo hiciese ante una pasarela imaginaria. Los demás aplauden dichosos.)

SERGIO.-¡Un mendigo muy original!

CRISTINA.-¡Me fascina este capricho! Ay, me gustaría lucirlo en familia.

(Cesa la música. NICOLÁS se para.)

NICOLÁS.-¿Es verdad lo que estoy escuchando? ¿No soy víctima de una broma cruel? ¿Desean acogerme entre sus lujosas paredes?

CAROLINA.-Tutéanos, Nicolás. Eres uno más de los nuestros. Las fronteras entre nosotros...

NICOLÁS.-¿Tutearles...? ¿Cómo... se dice? No sé...

CRISTINA.-Tienes que cambiar el usted por el tú. Sólo eso. ¡Facilísimo!

NICOLAS.-Quiere usted que cambie... No. Quieres... tú...

(Lo abraza.)

SERGIO.-¡Hermano!

NICOLÁS.-Me parece un sueño enfermizo. Los pobres soñamos únicamente con subsistir cada jornada. Nos está prohibido tener delirios de grandeza mientras dormimos. Mi triste realidad...

CRISTINA.-Tu realidad se tornará placentera como la nuestra. ¡Tienes el mismo derecho!

NICOLÁS.-No acabo de creerlo. Vuestra filantropía no es de este mundo. Nunca podré pagar tanto altruismo. Os confiaré un secreto: Carezco de fortuna personal. ¿En qué os voy a ser útil?

(Los demás se miran serios. SILENCIO.)

SERGIO.-Serás útil a la sociedad que te recupera. Te realizarás plenamente en ella. Tienes la fortuna de existir, de estar vivo. ¡Todo tú eres una gran fortuna!

CAROLINA.-Ven, mírate en este espejo. ¡Ese eras tú!

(Ante el espejo.)

NICOLÁS.-¡Sigo siendo igual!

CAROLINA.-Pronto, muy pronto, volverás a contemplarte en este espejo y serás... ¡tú! ¡El que debiste ser siempre!

NICOLÁS.-Nunca seré como vosotros. Esta ropa... nació conmigo. Me perseguirá hasta muerte. Se adhirió a mi cuerpo como si fuera mi propia piel. ¡No se puede arrancar la piel a pedazos!

CRISTINA.-¿Has visto alguna vez un striptease?

NICOLÁS.-¿Un... striptease? No. ¿Qué es?

SERGIO.-Algo erótico, excitante, único... Suena una música insinuante y una atractiva mujer se va quitando, poco a poco y al ritmo de la orquesta, su ropa... hasta mostrar su cuerpo. ¡Haz striptease, Nicolás! Un striptease en el que te desprendas de tu mísera piel.

CAROLINA.-¡Un striptease en el que te despojes de tu pobreza!

(Suena la música de striptease. NICOLÁS, grotesco y frente al público, se va quitando frívolamente su indumentaria, que va dejando caer al suelo. Los demás lo observan fascinados. Quita un zapato. No lleva calcetines.)

SERGIO.-¡¡El otro zapato!!

(Quita el segundo zapato.)

CRISTINA.-¡¡Más!!

(Quita la chaqueta.)

CAROLINA.-¡¡Oh!!

(Quita la camisa.)

CRISTINA.-¡¡Así!! ¡¡Sigue!!

(Comienza a bajarse el pantalón. Se inhibe.)

SERGIO.-¡¡Sin miedo!!

CAROLINA.-¡¡Ahora!! ¡¡Todo!!

CRISTINA.-¡¡Todo, Nicolás!!

(Quita el pantalón y queda solamente con unas breves bermudas tan sucias como todo su cuerpo. Cesa la música.)

NICOLÁS.-No me miréis. ¡Me repugno! Estoy impresentable.

CRISTINA.-¡Es un Apolo!

CAROLINA.-¡Fijaos! Tiene un cuerpo semejante al nuestro.

SERGIO.-¡Muchísimo mejor! Por eso los pagan tan bien en las Facultades de Medicina.

(Por la derecha entra FLOR. Se tapa la cara con las manos.)

FLOR.-¡Qué vergüenza!

CAROLINA.-Don Nicolás, desde hoy, será uno más de esta familia. Prepárele un baño calentito.

FLOR.-Ahora mismo, señora.

(Mutis por la derecha.)

NICOLÁS.-Lo... de bañarse... ¿es... inocuo? ¿Me puede crear hábito?

SERGIO.-El gran error de los pobres, te hablo como a un familiar, ha sido reivindicar sus derechos con huelgas de hambre e higiene?

(Mutis por la izquierda.)

NICOLÁS.-Jamás he utilizado un baño. Ahora le tengo miedo. A los niños de mi promoción los bañaban sus mamás. Como a mí no me la presentaron... Iba por las calles y les rogaba a las señoras: “Por caridad, báñenme un poquito, aunque sea los sábados”. Las señoras me respondían: “¡Que te bañe tu madre!”. Y me arrojaban carbonilla.

CRISTINA.-¡Qué mujeres sin entrañas!

(Mutis por la izquierda.)

NICOLÁS.-Tuve que aprovechar los días de lluvia para lavarme como los gatos. Mira, Carolina.

(Va a la barandilla. Se aproxima.)

CAROLINA.-¿Qué es?

NICOLÁS.-¡Cuántas nubes! Con un poco de suerte... ¡lloverá torrencialmente!

CAROLINA.-¿Qué pretendes? ¿Hacer agujeritos a un paraguas y ser el inventor de la ducha?

(Mutis por la izquierda. Abre la puerta de la calle y hace mutis por el foro. Entra, coge su ropa y vuelve a la puerta. Entran por la izquierda: CAROLINA con un spray de desodorante, otro de colonia y una esponja. CRISTINA con un frasco de gel y un gran estropajo. SERGIO con un peine y una toalla de baño. Deja caer la ropa y cierra la puerta.)

SERGIO.-¡Nicolás!

CRISTINA.-¿Vas a retornar al mundo que te ensució?

NICOLÁS.-Os juro... que no soy un exhibicionista.

(Por la derecha entra FLOR. Empuja una bañera de colores con rueditas. Tiene adosada una ducha. No contiene agua.)

FLOR.-Don Nicolás: El baño está servido.

(Deja la bañera en el centro de la escena, paralela al público, y hace mutis por la izquierda. CAROLINA, CRISTINA y SERGIO dejan las cosas sobre unas sillas.)

CAROLINA.-Te dejamos aquí todas las herramientas...

(Van a hacer mutis por la derecha. Se arrodilla implorante.)

NICOLÁS.-¡Por caridad! No me obliguéis a actos heroicos. Tengo mucho trabajo atrasado de aseo. Cuando esté limpio seré un anciano. Saldré de la bañera encorvado y con un bastoncito.

(Van a agarrarlo. Corre por la escena. Le persiguen.)

SERGIO.-¡Nadie se murió de eso!

CRISTINA.-¡Recapacita!

NICOLÁS.-¡En la bañera, no!

CAROLINA.-¡Reaccionas así por la mala educación recibida!

(Lo cogen y llevan forzado a la bañera.)

NICOLÁS.-No, no me conduzcáis al patíbulo. ¡Tened compasión de esta alma inmaculada!

(Lo introducen en la bañera y estiran.)

CAROLINA.-Si te hubiesen llevado a veranear en la costa...

NICOLÁS.-¡¡Ay!!

(Se desmaya.)

SERGIO, CAROLINA y CRISTINA.-¡¡No!!

(Por la izquierda entra FLOR.)

FLOR.-¿Ha perecido en la bañera?

(NICOLÁS vuelve en sí. Respira fuerte.)

SERGIO, CAROLINA, CRISTINA y FLOR.-¡¡Respira!!

(Mutis de FLOR por la derecha. Se incorpora.)

NICOLÁS.-No me he ahogado. ¡Estoy vivo!

(Los demás cogen rápidos: CRISTINA el gel; CAROLINA la esponja; SERGIO el estropajo.)

SERGIO.-¿Habrás que anestesiarlo?

NICOLÁS.-¿Más... suplicios?

(Suena la música de striptease. Lo bañan aceleradamente. Le van quitando la suciedad del cuerpo.)

CRISTINA.-Vas a quedar como recién salido de la fábrica.

NICOLÁS.-¡Me duele mucho!

SERGIO.-¡Valor!

CAROLINA.-No te van a reconocer ni tus padres.

NICOLÁS.-Cede... Va cediendo... ¡Soy de la raza blanca!

SERGIO.-Abrimos la ducha...

(Simula hacerlo. Mira a lo alto.)

NICOLÁS.-¿Os llueve en casa?

(Intenta quitarle las bermudas. Se resiste.)

CAROLINA.-¡Así procreas un negrito!

NICOLÁS.-¡No miréis!

(Se las quita y arroja en la bañera. Lleva otras bermudas blanquísimas. Cesa la música. SERGIO simula cerrar la ducha.)

CRISTINA.-¡Quién te ha visto y quién te ve!

(Dejan las cosas en las sillas. Sale arrogante de la bañera.)

NICOLÁS.-Os hablo con absoluta confianza: Nunca comprenderé a la gente reacia al baño.

(Cogen la toalla y lo secan prestamente. Se sorprenden.)

SERGIO.-¡Oh!

CAROLINA.-¿Es posible?

NICOLÁS.-¿Qué os sucede?

(CRISTINA, como la Verónica, muestra al público la otra cara de la toalla. Se ve la imagen del antiguo Nicolás con la palma de la mano extendida.)

CRISTINA.-¡La fotografía de su antiguo cuerpo!

(La arroja en la bañera.)

NICOLÁS.-Ese... ¿era yo?

(CRISTINA coge el peine; CAROLINA la colonia; SERGIO el desodorante. Lo aplican con celeridad.)

CRISTINA.-¿Algún peinado especial?

NICOLÁS.-Lo dejo a tu elección. ¿Eso...? ¿Es para hacer cosquillas?

SERGIO.-Se llama desodorante.

CAROLINA.-Con esta colonia... ¡Ah...! Hueles como un fragante jardín.

(Dejan las cosas en las sillas. Comienza a desfallecer.)

NICOLÁS.-Siento... que me falta vida.

(Lo sientan en una silla.)

CRISTINA.-Hijo, sientes carencia de todo.

NICOLÁS.-Aire, ¡aire!

CAROLINA.-Lo mejor será abanicarlo.

(Lo hacen.)

SERGIO.-Inspira. Más. Tú también tienes pulmones.

(Por la derecha entra FLOR.)

NICOLÁS.-¡Me asfixio!

FLOR.-¿Será alérgico a la colonia? Huela. ¡Huela!

(Le da a oler su ropa andrajosa y se levanta recuperado.)

NICOLÁS.-¡Ah! ¡No hay nada para la salud como el cambio de aires!

(CAROLINA, CRISTINA y SERGIO recogen las cosas. FLOR arroja la ropa en la bañera. La empuja.)

FLOR.-¡Dios mío! Naufraga en las aguas de este océano toda la miseria del mundo.

(Mutis así por la derecha.)

SERGIO.-Debes cultivar el olfato. Nos has dado un susto...

(Se oye llorar a un recién nacido. Asombro en NICOLÁS.)

CRISTINA.-No llores, tesoro. Estás tiritando. Ven a nuestros brazos.

(Lo cogen. Cesa el llanto.)

NICOLÁS.-No... os comprendo...

CAROLINA.-Una cigüeña blanca te acaba de dejar aparcado en nuestro hogar. Sólo falta... ¡tu presentación en sociedad!

(Mutis de los personajes por la izquierda. Baja la luz. Se escucha débil: "Begin the begin". Por la derecha entra FLOR. Trae un mantel, una servilleta, cubiertos, pan, una botella y un vaso. Coloca todo sobre una mesita delante de los sillones izquierdos. Coge dos candelabros, los sitúa sobre el mantel y enciende las velas. Cesa la música. Por la izquierda entran CAROLINA, CRISTINA, SERGIO y NICOLÁS, que viste un esmoquin amplio y le da un aspecto grotesco. Está afeitado. Mutis de CRISTINA por el jardín.)

FLOR.-¡Milagro! ¡Le han hecho la estética social!

CAROLINA.-Te dije que volverías a contemplarte en este espejo...

(Se mira en el espejo.)

NICOLÁS.-¿Pero...? ¿Este... soy yo? Don Nicolás: Encantado de conocerle.

(Simula darle la mano. Por el jardín entra CRISTINA. Trae una rosa blanca y se la pone a Nicolás en el ojal.)

CRISTINA.-Un detalle insignificante. Así... ¡Guapísimo!

SERGIO.-¿Prefieres comer a la carta o...?

NICOLÁS.-Ah... ¿Escribís una carta suplicando la comida?

CAROLINA.-Flor, sírvale la especialidad de la casa.

FLOR.-Sí, señora.

(Mutis por la derecha. Lo llevan ceremoniosos ante la mesita.)

SERGIO.-¿El señor tiene mesa reservada?

NICOLÁS.-¿Yo...?

CRISTINA.-Síntese confortablemente en ésta, señor.

NICOLÁS.-Gracias.

(Se sienta. CAROLINA coge un jarrón con flores y lo deja sobre el mantel.)

CAROLINA.-Queremos que el señor no añore las comodidades de su vivienda.

(Por la derecha, y haciendo grandes equilibrios, entra FLOR. Porta, en cada mano, una exagerada fuente repleta de manjares diversos.)

FLOR.-Don Nicolás: El almuerzo está servido.

(Deja todo sobre el mantel.)

NICOLÁS.-¿Hacéis... concursos gastronómicos... entre pobres?

FLOR.-¡Buen provecho, señor!

(Mutis por la derecha. CAROLINA le ata la servilleta al cuello. CRISTINA le pone el cuchillo y tenedor en las manos. SERGIO corta pan y sirve vino.)

SERGIO.-Estoy seguro de que ganarías una olimpiada de hambrientos sin necesidad de doping para abrir el apetito.

NICOLÁS.-Lo malo es que no me ensañaron a comer. ¿Cómo se hace? Tendré que ir a una academia.

CRISTINA.-Llevas la comida a la boca con los cubiertos. Masticas bien. La remites al estómago como si fuera un obsequio... Oirás que el estómago, siempre agradecido, te dice emocionado: “Gracias. ¡Muchas gracias!”

(Va a coger la comida se inhibe y deja los cubiertos.)

NICOLÁS.-Me resulta imposible. Nunca he comido. En Beneficencia nos ponían una inyección para todo el mes.

CAROLINA.-Abre la boca.

NICOLÁS.-¿Así?

SERGIO.-¡Más!

NICOLÁS.-¡Aaah...!

(Abre exageradamente la boca. Los demás le dan la comida con los cubiertos.)

CRISTINA.-Esto por tu santa madre...

NICOLÁS.-Estoy... inapetente.

SERGIO.-¿Sufres una indigestión? Un leve esfuerzo... ¡Bravo!

CAROLINA.-Esto por tu honorable padre...

NICOLÁS.-¡¡Riquísimo!!

(Se oye con fuerza un cancán. Devora exageradamente con las manos. Los demás llevan las manos a la cabeza. UN MOMENTO. Baja la música.)

SERGIO.-¡Qué fiera!

NICOLÁS.-Siento... que algo nuevo nace en mí. Crece..., crece... ¡Se dilata! Se está convirtiendo en eso que denomináis estómago. Es muy educado... ¿Sabéis? No se cansa de repetirme: “Eternamente agradecido, don Nicolás. Me ha tenido usted tan abandonado...”

CRISTINA.-La cantidad de cosas que poseemos y se atrofian por no hacer uso de ellas. El marido de una amiga no tenía sexo... ¡y le brotó a los cincuenta años!

(Cesa la música y deja satisfecho de comer. Quita la servilleta y se limpia boca y manos. Vuelve la luz de antes. SERGIO y CRISTINA cogen los candelabros y apagan las velas. CAROLINA coge el jarrón. Dejan todo en sus sitios.)

NICOLÁS.-¡Me siento feliz! Somos una caja de sorpresas. Con el estómago lleno sólo ansío hacer el bien a la humanidad.

CAROLINA.-¡Estaba tan segura de tus nobles sentimientos...!

(Se sientan próximos a él.)

SERGIO.-Por eso, amigo Nicolás, creemos que es el mejor momento para pedirte un pequeño favor. Bueno..., un regalito...

NICOLÁS.-Contad incondicionalmente conmigo. Siempre que esté en la palma de mi mano...

CRISTINA.-Acabas de comprobar que tu cuerpo alberga la misma fortuna que los demás. Únicamente somos útiles a la sociedad cuando ponemos a disposición del prójimo esta cuenta corriente. Si nos firmases un cheque en blanco...

NICOLÁS.-Tengo la sensación de haberme transformado en un nuevo rico.

CAROLINA.-Mi sangre está muy delicada. Precisa transfusiones. Si me donases unas gotitas de la tuya... Hazme ese obsequio, Nicolás. ¡Una limosnita de sangre, por el amor de Dios!

(Extiende la palma de la mano.)

NICOLÁS.-¿Para eso...? ¡No faltaba más! Tienes mi sangre a tu entera disposición.

(Los demás se levantan emocionados. Lo besan.)

CAROLINA.-¡Un millón de gracias!

SERGIO.-¡Qué caritativo eres!

CRISTINA.-El Señor te lo pagará en la otra vida.

(Mutis de SERGIO y CRISTINA por la derecha. CAROLINA le remanga el brazo.)

CAROLINA.-Sólo es un ligero pinchacito. No te dolerá nada. Como cuando te ponían la inyección en Beneficencia.

(Suenan la música de striptease. Por la derecha entran SERGIO, con una jeringa exageradamente grande, y CRISTINA con una gran bola de algodón. Se asusta.)

NICOLÁS.-Teníais una jeringuilla y... ¿os ha crecido?

(SERGIO le pincha y extrae sangre.)

SERGIO.-Tranquilo... Un litro no es para alarmarse.

NICOLÁS.-¿Un... litro?

CRISTINA.-Más o menos... Si te mareas mira al cielo.

(Obedece.)

¡El litro!

CAROLINA.-¡Extráele la propinita! Posee una sangre preciosa.

NICOLÁS.-Dejadme algo... Por si precisan hacerme un análisis.

SERGIO.-O estoy muy torpe... No sale más. Insistir sería un abuso. ¿Sigues animado?

NICOLÁS.-Bueno... Yo creo que corre la sangre por mis venas.

(Cesa la música. SERGIO retira la jeringa. CRISTINA le aplica el algodón. CAROLINA le baja la manga.)

CRISTINA.-Mamá: La sangre está servida.

CAROLINA.-Si no fuera por ti, me moriría de hambre.

NICOLÁS.-No proceden tus cumplidos. Por algo tan insignificante...

SERGIO.-¡Ahora te toca el turno en el banquete!

(Mutis de CAROLINA, CRISTINA y SERGIO por la izquierda. NICOLÁS desfallece. Suena débil una Marcha fúnebre. Lucha desesperado con la muerte. UN MOMENTO. Por la izquierda entran CAROLINA, CRISTINA y SERGIO. Corren hacia él.)

CAROLINA.-¡Nicolás!

NICOLÁS.-Habláis... con... un... aprendiz... de cadáver... ¿Debo... hacer... el testamento?

CRISTINA.-¡Come!

(Come sin fuerzas. Cesa la música.)

SERGIO.-¡Come como antes!

(Se oye con fuerza el canción. Devora como antes y se va recuperando. Alegría en los demás. UN MOMENTO. Cesa la música. Se limpia boca y manos.)

NICOLÁS.-¡He resucitado! ¿Tengo que donar más sangre!

CAROLINA.-¿Hoy? ¡Qué cosas se te ocurren!

CRISTINA.-Nosotros no somos unos vampiros.

(SERGIO le pone un habano en la boca y se lo enciende.)

SERGIO.-Este habano es de la fábrica de tu abuelo.

NICOLÁS.-Siempre le he admirado mucho.

(Fuma satisfecho. Por la derecha entra FLOR. Empuja un carrito y recoge todo lo de la mesa.)

FLOR.-El señor goza de un apetito excelente.

(Se levanta muy dolorido. Deja el habano y lleva las manos al vientre. Sorpresa en los demás.)

NICOLÁS.-¡¡Ay!! ¡¡Ay!! ¡¡Ay!!

FLOR.-¡Santo Dios! ¡Apendicitis!

NICOLÁS.-¡¡Ay!! ¡¡Ay!! ¡¡Ay!!

SERGIO.-¿Te duele... aquí? ¿Hacia la derecha?

NICOLÁS.-No, no. ¡Aquí! ¡¡Ay!! ¿Cómo bautizasteis esta zona?

CAROLINA.-Intestino.

CRISTINA.-¡Qué alivio...! Flor: prepárele el retrete a don Nicolás.

FLOR.-Sí, señora.

(Empuja el carrito. Mutis así por la derecha. Recorre la escena. Lo siguen.)

NICOLÁS.-¡No soporto este dolor! ¡Un calmante!

SERGIO.-Es para festejarlo. ¡Está naciendo en ti el intestino!

NICOLÁS.-¡Vaya parto!

CRISTINA.-¿Nunca lo has hecho?

NICOLÁS.-¿El... qué?

CAROLINA.-Hijo...

(Por la derecha entra FLOR. Empuja un retrete con rueditas. Hace juego con la bañera. Lo deja frente al público.)

FLOR.-Don Nicolás: El retrete está servido.

(Mutis por la izquierda.)

NICOLÁS.-Eso... ¿Es el retrete? ¿Para qué... sirve? ¿Está de moda... en París?

(Los demás van hacia la derecha.)

SERGIO.-Dispensa que te dejemos. Es un acto tan íntimo...

(Les suplica de rodillas.)

NICOLÁS.-¡Por caridad! No me abandonéis. ¡Me duele mucho! Vosotros sabéis. ¡Enseñadme!

CRISTINA.-No precisa ninguna ciencia. Hasta ahora ha estado al alcance de todas las clases sociales.

CAROLINA.-De los ricos, de los pobres, de los reyes... No sé si los ángeles...

(Se levanta.)

NICOLÁS.-¡Tened piedad! ¡Vosotros conocéis las instrucciones! ¡Poseéis un libro!

(Suenan un minué. Los demás como en una caricatura versallesca, actuarán con grotesco refinamiento sin caer nunca en lo soez ni exhibicionista. Se sienta en el retrete.)

CAROLINA.-Te sientas con exquisita naturalidad. ¡Oh!

(Baja las bragas hasta los tobillos.)

Te despojas de la indumentaria pertinente. Le dices con delicadeza al intestino: “Caballero, ¿tendría la gentileza de concederme esta merced?”

(Sube las bragas y se levanta. SERGIO se sienta en el retrete. Baja los pantalones hasta los tobillos.)

SERGIO.-El intestino accederá cortés. ¡Ah! Emplead ahora la vehemencia. ¡Fuerza! ¡Sublime fuerza!

(Sube los pantalones y se levanta. CRISTINA se sienta en el retrete. Baja las bragas hasta los tobillos.)

CRISTINA.-Entregaos armónicamente a esta dulce sinfonía. Con donosura... ¡Ay...! ¡Siempre con elegancia versallesca! Intentadlo vos. No desfallezcáis en tan noble empeño.

(Sube las bragas y se levanta. Cesa la música.)

NICOLÁS.-¿Tengo... que decirle... al intestino? ¡Ay! ¡Qué dolor tan grande! No sé... ¡Es muy difícil!

(Los demás lo cogen a la fuerza, lo sientan en el retrete y le bajan entregado los pantalones.)

SERGIO.-A la una..., a las dos... ¡Animo!

NICOLÁS.-¡El dolor es muy intenso!

CAROLINA.-Cederá... ¡Te pasará en un instante!

NICOLÁS.-Llamad a un médico... ¡¡Ay!!

CRISTINA.-Ahora... ¡Energía! ¡¡Todo tu vigor!!

NICOLÁS.-¡Me muero! Oh... Parece... Me estoy recuperando... ¡No tengo dolor!

(Suenan fuerte el Aleluya de Haendel. Los demás lo alzan dichosos en el retrete. Mutis así de los personajes por la derecha. Cesa la música. UN MOMENTO. Se oyen trinos de pájaros. Por la derecha entra CRISTINA. Se apoya soñadora en la barandilla. UN MOMENTO. Por la derecha entra NICOLÁS y va a su lado. Vibra.)

CRISTINA.-Oye, oye el trino de los pájaros. ¡Qué hermoso concierto natural!

(Cesa su trino.)

NICOLÁS.-¿Los... pájaros?

CRISTINA.-Necesitas aprender tantas cosas bellas... Dime, Nicolás, ¿qué sabes del amor?

NICOLÁS.-Son las vacaciones amargas de los pobres. Un turismo gratuito, en la Costa Negra, que invade el mundo de criaturas desamparadas como la que fui yo.

CRISTINA.-Algunos padres piden con sus raquíticos herederos. ¡Qué edificante estampa ver a la familia unida!

NICOLÁS.-No se diferencia de los que llevan a sus bebés al mercado. Hay una gran clientela de matrimonios estériles. Comienza la subasta: “¡Este angelito de quince días y dos kilos! ¿Cuánto dan por él? ¿Dos mil nada más? ¿Tres mil quinientos? ¿¿Seis mil?? Seis mil a la una, seis mil a las dos, seis mil... ¡Adjudicado! ¡El angelito para la señora!”

CRISTINA.-¡Me encantan los niños! Soy muy feliz con mi marido. Tenemos todo. Todo... menos poder tener un hijo juntos.

NICOLÁS.-Sería padre si cambiase el sistema. Si cada vez que extendiese la palma de la mano..., me socorriesen con originales limosnas. Un apartamento sin pretensiones, ropita azul o rosa, una cuna, biberones, su trajecito de primera comunión, un vale para la universidad... ¡Mi descendiente sería el fruto de mi unión con una sociedad humana!

CRISTINA.-Comprendo tus legítimas aspiraciones. Pero tú eres joven, atractivo... Tendrías muchas fanes pobres. ¿Las llevabas a un hotelito?

NICOLÁS.-Mis apetencias... Yo creo que la inyección de Beneficencia me servía para todo.

CRISTINA.-¿Te gusto, Nicolás?

NICOLÁS.-Siempre he visto a las mujeres como la comida en el escaparate de un restaurante.

CRISTINA.-Mírame bien... Contéplame... Mi cuerpo es tan deseado...

NICOLÁS.-¿Por... los caníbales?

(CRISTINA le coge las manos. Las desliza sensual por su cuerpo. NICOLÁS se va transformando. Se escucha débil el trino de los pájaros.)

CRISTINA.-¿Te excita mi piel? ... Es fina... Suave... Muy suave... ¡Irresistible...!

(Se suelta tímido.)

NICOLÁS.-Resulta... divertido.

(Lo abraza y besa apasionada.)

CRISTINA.-¡Mendigo mío!

(Se oye fuerte el trino de los pájaros. Se suelta.)

NICOLÁS.-¿Qué... me sucede...? Una fuerza placentera inunda mi ser... Es... como ver el escaparate y ansiar acceder al restaurante... Oigo... Oigo ahora... ¡El trino de los pájaros!

CRISTINA.-¡El sexo acaba de nacer en ti! Estaba oculta esa fortuna. Tu sexo puede ser tan útil... Nicolás, no me niegues este pequeño obsequio. Ampárame con una limosnita... ¡Un hijo, por el amor de Dios!

(Le extiende la palma de la mano.)

NICOLÁS.-No, Cristina. No me siento tan espléndido. Te haré otro regalo. ¿Te ilusiona una sombrilla? Nos descubre tu marido y me devuelve al arroyo.

(Baja la mano.)

CRISTINA.-Mi marido está ausente. Lo requieren sus negocios. Cuando regrese... ¡Ay! Estaré embarazada de él. ¡Va a llevar una gran alegría!

NICOLÁS.-Desconfiará así que des a luz. Han sido muchos años pidiendo. Vuestro vástago debutará en la Tierra con la palma de la mano extendida.

CRISTINA.-Se la bajaremos con cuidado. Despacito... ¡Mamá! ¡Papá!

(Por la derecha entran SERGIO y CAROLINA.)

CAROLINA.-Os encuentro rebosantes de felicidad.

CRISTINA.-Toda la que exterioricemos es poca. Nicolás y yo hemos decidido...

SERGIO.-¿Qué?

NICOLÁS.-¡No!

CRISTINA.-Asúmelo, cielo. ¡Tener un hijo de mi idolatrado esposo!

(SERGIO y CAROLINA abrazan a Nicolás.)

SERGIO.-¡Al fin, Nicolás! ¡Mi yerno me va a hacer abuelo!

CAROLINA.-Yo llevo tu sangre, mi nieto también portará la tuya. No ocurre ni en las mejores familias. ¡Flor!

(Por la izquierda entra FLOR.)

FLOR.-Señora...

CAROLINA.-Don Nicolás se siente fatigado del viaje. Han sido muchísimos kilómetros desde su país al nuestro. Le confortará descansar. Prepárele la cama.

FLOR.-Sí, señora.

(Mutis por la derecha.)

NICOLÁS.-¿Tenéis... una... cama?

(Cesa el trino de los pájaros. Corre hasta la puerta de la calle. Se sitúa delante.)

SERGIO.-Tu gesta será gloriosa.

(Corre hasta la izquierda. Se sitúa delante.)

CAROLINA.-¡Digna de una epopeya!

(Corre hasta la derecha. Se sitúa delante.)

CRISTINA.-Vida mía... ¡Te immortalizarás!

(Por la derecha entra FLOR, Empuja una cama señorial de matrimonio con rueditas. Su ropa es lujosa. La deja con los pies frente al público.)

FLOR.-Don Nicolás: La cama está servida.

(Mutis por la derecha.)

CAROLINA.-Je... Os dejamos solitos. Es un acto tan íntimo...

SERGIO.-Y de lo que hemos hablado... ¡Chist! Un secreto entre nosotros cuatro.

(Mutis de SERGIO y CAROLINA por la escalera. CRISTINA destapa la cama.)

NICOLÁS.-Lo de la cama... ¿Es inocuo?

CRISTINA.-No se han descrito contraindicaciones.

NICOLÁS.-Nunca la he utilizado. Los médicos visitan a los enfermos por haberse acostado en una cama. Preferiría...

CRISTINA.-Chico, desplazarse ahora debajo de un puente...

(Se sienta en la cama frente al lateral derecho.)

NICOLÁS.-Si deseas un bebé... Te puedo acompañar a la subasta. Conservo muy buenas amistades.

(Se sienta en la cama frente al lateral izquierdo.)

CRISTINA.-Quiero un niño mío. ¡Mío! Un ser engendrado en mis propias entrañas.

NICOLÁS.-Saca la plaza a concurso. Convoca oposiciones...

CRISTINA.-¿No anhelabas un hijo que no padeciese tus infortunios?

NICOLÁS.-Un hijo mío, sí. Pero éste será tuyo y de tu marido. ¡No se puede vender la sangre!

(Va hacia la puerta de la calle. Se levanta.)

CRISTINA.-Mi dulce semental...

NICOLÁS.-Prodigas tus elogios...

CRISTINA.-¿Vas a desertar de esta buena familia?

NICOLÁS.-De gente bien nacida es ser agradecida.

(Lo coge en brazos.)

CRISTINA.-¡Dios te lo pagará!

(Lo acuesta a la derecha de la cama. Se tapa hasta el cuello.)

NICOLÁS.-¡Qué comfortable es este invento! Y no siento síntomas de fiebre. ¡No tendréis que llamar al médico!

(Acciona el interruptor. Baja la luz.)

CRISTINA.-A media luz los dos seremos uno.

(Comienza a desnudarse. Va dejando su ropa en un sillón izquierdo.)

NICOLÁS.-¡No!

(Se tapa totalmente. Queda en ropa interior y se acuesta a la izquierda de la cama. Descubre la cabeza de NICOLÁS, que duerme profundamente. Lo zarandea.)

CRISTINA.-Nicolás... ¿Duermes...? ¡Bah! Sois todos iguales. En cuanto os acostáis... ¡Despierta!

NICOLÁS.-¿Dónde... estoy? He tenido una pesadilla... Soñaba... que venía tu marido.

CRISTINA.-Relájate...

(Se abre la puerta de la calle y se tapan totalmente. Por el foro entra ALFREDO. Cuarenta años. Alto y fuerte. Optimista. Viste elegante y juvenil. Cierra la puerta. Acciona el interruptor y vuelve la luz de antes.)

ALFREDO.-¡Cristina!

(Mutis por la izquierda. Asoman sus cabezas. Voces bajas.)

NICOLÁS.-¿Quién... es?

CRISTINA.-Mi... marido.

NICOLÁS.-Señor mío Jesucristo...

CRISTINA.-Si lo hacemos rápido...

(Por la izquierda entra ALFREDO. Se tapan totalmente.)

ALFREDO.-¡Flor!

(Por la derecha entra FLOR.)

FLOR.-Bienvenido, don Alfredo.

ALFREDO.-¿Mi esposa?

FLOR.-Pues...

ALFREDO.-Parece... que hay alguien en la cama.

FLOR.-Sí, señor. Don Nicolás.

(Asoma la cabeza.)

NICOLÁS.-Buenas... noches.

ALFREDO.-Buenas noches. Pero... ¿Y estas ropas?

(Las coge. Asoma la cabeza.)

CRISTINA.-Son... mías.

FLOR.-Yo con el permiso de los señores...

(Mutis por la derecha. Arroja las ropas al suelo. Se tiran de la cama. Los persigue.)

ALFREDO.-¡Adúltera!

CRISTINA.-No es la palabra apropiada.

NICOLÁS.-¿Por qué... ha regresado... ahora?

ALFREDO.-¿Encima...? ¡No va a quedar de usted ni una gota de sangre!

(Por la escalera aparecen SERGIO y CAROLINA.)

CAROLINA.-¡La sangre, no!

SERGIO.-No procede reaccionar así. ¡Es para celebrarlo!

ALFREDO.-¿Celebrarlo...?

SERGIO.-Nicolás es un mendigo venido a más. Ha tenido la deferencia de llamar a nuestra puerta. Lo bañamos, perfumamos y vestimos. Le dimos de comer. Le nombramos miembro honorario de la familia. ¿Vamos a tolerar que se frustre su proyecto existencial?

ALFREDO.-De ninguna manera. ¡Sería una deplorable injusticia!

CAROLINA.-Nicolás es tan detallista... ¿Sabes qué me ha regalado? ¡Litro y medio de sangre!

ALFREDO.-¡Qué obsequio más fino!

CRISTINA.-Nicolás es un filósofo. Dice que un matrimonio sin hijos es como una sociedad sin pobres. Queríamos darte una sorpresa. Tener un niño... ¡tú y yo!

(Se abrazan.)

ALFREDO.-¡Amor mío!

NICOLÁS.-En ese caso, don Alfredo...

(Se suelta.)

ALFREDO.-¿Don... Alfredo? Tutéame, Nicolás. ¡Dame un abrazo! ¡Somos consanguíneos!

NICOLÁS.-Gracias, Alfredo. Jamás he conocido una familia tan uniforme. No hay una sola oveja negra.

(Suena débil la Marcha nupcial de Mendelssohn. NICOLÁS está serio. Los demás se tornan emocionados.)

ALFREDO.-¿Te acuerdas, Cristina? Nos van a casar. La catedral resplandecía. ¡Toda adornada de flores!
Había cientos de invitados. ¡Lo mejor de cada casa!

CRISTINA.-¡Sí!

ALFREDO.-Después... ¡Qué memorable banquete! Estabas muy hermosa. Nos mirábamos tan enamorados...
Nos despedidos uno a uno de aquellos dioses selectos...

CRISTINA.-Fuimos a un lujoso hotel. Entramos en la habitación. ¡Era preciosa!

(ALFREDO la coge en brazos. Suena fuerte la música.)

Me cogiste en brazos...

(La deja a la izquierda de la cama.)

ALFREDO.-Te dejé emocionado en el lecho nupcial.

(Cesa la música. Los personajes están aislados entre ellos. CRISTINA se tapa hasta el pecho. ALFREDO se sienta en un sillón izquierdo. CAROLINA se sienta en un sillón derecho. Calceta una labor azul. SERGIO observa a NICOLÁS, que está confuso. PAUSA. SERGIO lleva a NICOLÁS y lo acuesta a la derecha de la cama.)

SERGIO.-Tranquilo... Sin prisas... Estamos en familia.

(NICOLÁS se tapa hasta el pecho. SERGIO se sienta en un sillón derecho y lee un periódico.)

CAROLINA.-¡Qué gran día el de hoy! ¡Ay! ¡Ve a mi nieto con los patucos!

(NICOLÁS, como un autómatas, se sienta en la cama. Mira al público.)

NICOLÁS.-No sé.

(Los demás miran serios a NICOLÁS, que sigue igual. UN MOMENTO. Se abstraen de él. ALFREDO y CRISTINA se dirigen al público.)

ALFREDO.-¡Qué atractiva eres, Cristina! ¡Te deseo tanto!

CRISTINA.-Estate quieto... ¡Déjame, Alfredo! Me da mucha vergüenza. Así... con esa luz...

(Baja la luz.)

ALFREDO.-Mujer... Tendremos un bebé de oro. ¿No sientes mi misma ilusión?

CRISTINA.-Oh, sí. Me gustan mucho los niños. Me moriría si no los tuviese. Ah, nuestro afortunado heredero será de exposición. ¡Se parecerá a ti!

ALFREDO.-¡Cristina!

CRISTINA.-Me vas a asfixiar... ¿Qué... haces?

ALFREDO.-Lo normal... ¡Quitarme el esmoquin de la boda!

(Miran ilusionados al público. Los demás continúan igual. Suena fuerte la música de striptease. NICOLÁS, resignado, comienza a quitarse la chaqueta de su esmoquin.

Rápidamente cae el

TELÓN

ACTO SEGUNDO

(Se alza el telón. Noche de los últimos días del verano siguiente. Se oye El Danubio azul. En escena: CELIA. Treinta y pocos años. Cerebral. Bellísima, distinguida y coqueta. Baila con DANIEL Cuarenta años. Complexión recia. Grato. Aspecto intelectual. Usa gafas. SERGIO, que baila con CAROLINA. ALFREDO, que lo hace con CRISTINA. Ellas lucen sofisticados modelos de fiesta. Ellos visten de rigurosa etiqueta. No exhiben flor en ojal. Los personajes están dichosos. UN MOMENTO. Cesa la música. Las parejas se sueltan.)

SERGIO.-Exquisitos amigos: Cada noche desvela su mágica sorpresa. Permitidnos mostraros a un preclaro personaje. Llegó de lejos, de muy lejos... De un país desconocido...

CAROLINA.-Tenía siempre abierta la puerta de la casa. Y en el momento más inesperado... Apareció cortés, sonriente, como si descubriese su propio hogar.

CRISTINA.-¡El personaje está aquí! Quiere sumarse a esta fiesta. Darse a conocer en nuestro selecto mundo. Hacer, en una palabra...

(Señala la izquierda. Miran al término.)

ALFREDO.-¡Su presentación oficial en sociedad!

(Por la izquierda entra FLOR. Empuja una lujosa cuna con rueditas, que deja frente al público. Dentro de ella se ve la cabeza de un bebé. Asombro en CELIA y DANIEL.)

FLOR.-Señores: El heredero está servido.

(Mutis por la derecha.)

CELIA.-¡Milagro, Cristina! ¡Aprendisteis! Mi más efusiva felicitación a todos.

(Intercambian besos y abrazos.)

CRISTINA.-¡Muchísimas gracias! ¡Ay! La emoción no halla palabras para expresaros nuestra gratitud.

(Rodean la cuna.)

DANIEL.-Esta ilustre cosa... ¡Es el vivo retrato de su padre!

ALFREDO.-Sin pecar de inmodestia... Coincidimos en la misma apreciación.

CAROLINA.-¡Qué injusta es la vida! Pienso en los descendientes de los menesterosos. Me entristecen tanto... Sus padres no gozarán de esta alegría. Expondrán a sus hijos en hogares funerarios y sus allegados les dirán llorosos: "Mi más sentido pésame".

SERGIO.-La creación es tan extraña... Las estanterías del bazar de la nada están repletas de bebés. Torpes, listos, pobres, ricos, débiles, fuertes... Todos exhiben su número para la gran carrera de la existencia. Las parejas solicitan perpetuarse. "Póngame uno de tres kilos". "Otro a mí con muchas cualidades". No es equitativo. Sorteán. Si sale el cero... "¡Sigán jugando!". Si el número y la suerte se dan la mano...

(CRISTINA coge el bebé. Viste un correcto esmoquin. Rosa blanca en el ojal. La palma de la mano extendida. Lo muestra orgulloso al público.)

CRISTINA.-Cuán natural su noble advenimiento. ¡Nació con el esmoquin puesto!

CELIA.-Al niño..., perdonad mi intromisión, le percibo una tara.

CAROLINA.-¿Mi nieto una imperfección? ¡Imposible! Fue concebido sin mancha de pecado proletario.

CELIA.-Puede ser su ubicación en la cuna. Pero la criatura... ¡tiene la palma de la mano extendida!

ALFREDO.-Por favor, Celia. Nuestros genes...

CRISTINA.-¡Son una garantía desde Adán y Eva!

DANIEL.-Enojarse por esta bagatela...

SERGIO.-Si se observa minuciosamente... ¡Ja, ja, ja! ¡Alarga su manita como un mendigo adulto!

CAROLINA.-¡Ja, ja, ja! ¡Qué graciosa paradoja! Su pobreza es vocacional.

ALFREDO.-Jamás he visto un niño tan simpático. ¡Ja, ja, ja! Juega a suplicar una limosna.

CRISTINA.-Me estoy imaginando a los tres a la puerta de una iglesia. ¡Ja, ja, ja! ¡Pasen, clientes, pasen!

(ALFREDO y CRISTINA, que sigue con el bebé, se sitúan juntos. Simulan compunción. Miran a la escalera. Componen la clásica estampa de indigentes. PAUSA.)

DANIEL.-¡Qué conmovedora fotografía social!

(Por la escalera aparece triste NICOLÁS. Viste el mismo esmoquin grotesco. Rosa en el ojal.)

ALFREDO.-Caballero, apiádense de esta familia marginada. Pedíamos y a mi señora... le regalaron este angelito.

(NICOLÁS va al primer término izquierdo.)

CRISTINA.-No nos desprecie, señor. Tenemos que criarle. Los pechos de las madres pobres sólo son fértiles en días alternos. Mire, ¡mire! El gran inocente le extiende la palma de la mano.

(NICOLÁS intenta bajarle la mano.)

CAROLINA.-Con cuidado... Despacito... Hay casos incurables.

NICOLÁS.-¡Ya está!

SERGIO.-Lo que tú no consigas... ¡Eres un maestro!

CELIA.-El nene, consecuentemente, lo hacía por esnobismo.

(CRISTINA acuesta el bebé en la cuna. La empuja hacia la izquierda. ALFREDO la sigue.)

CRISTINA.-Vamos a preservarlo del mundanal ruido. Ha sido una suerte que naciera sin lágrimas.

ALFREDO.-La cuna les enseña tanto... ¿Cómo va a llorar si sabe que tiene de todo?

(Mutis de los dos por el término.)

NICOLÁS.-Dispensadme.

(Mutis por la derecha.)

CAROLINA.-¡Qué enigmático encuentro a Nicolás! Cuando trabajaba de pordiosero, era mucho más optimista.

(Sube la escalera. SERGIO la sigue.)

SERGIO.-La riqueza, querida, genera problemas. El suicidio ha sido siempre un vicio de opulentos. Los indigentes, en cambio, solicitan permiso para condenarse a muerte.

(Mutis de los dos por el término. DANIEL y CELIA se miran serios. PAUSA. En voz baja.)

DANIEL.-Nicolás... El niño... La rosa en el ojal... ¡La palma de la mano extendida!

CELIA.-Yo también podría... El único reacio a mis encantos... eres tú. ¡Es la ilusión de mi vida!

(Mutis de los dos por el jardín. Por la derecha, entra NICOLÁS. Se apoya en la barandilla. UN MOMENTO. Por la escalera aparece CAROLINA. Va hacia él.)

CAROLINA.-El verano se despide con las mejores galas. ¡Cuántas estrellas!

NICOLÁS.-¿Estrellas...?

CAROLINA.-Por qué estás triste, Nicolás? Tu destino es glorioso. Has cambiado el signo de tu especie. Los necesitados pueblan la tierra de pedigüenos. Tú la inundarás de ricos. Serás un benefactor de la humanidad. ¡Te erigirán una estatua!

NICOLÁS.-¿Con la palma de la mano...?

CAROLINA.-¡Por todo tu ser! Somos felices cuando nos entregamos a los demás como nosotros lo hacemos contigo. Te engendramos nuevamente en estos nueve meses. Te inscribimos, con letras de oro, en nuestro Libro de Familia. ¿No es para sentirse alegre?

NICOLÁS.-Nunca podré corresponder a vuestras atenciones. Estoy obligado a consumir mi privilegiado destino. Os donaré, si es necesaria, hasta la última gota de mi sangre. ¡Seremos así dichosos!

(Se oye el trino de los pájaros.)

Fíjate, fíjate, Carolina... ¡Están saliendo las estrellas!

(Por la escalera aparece SERGIO. Resbala y se cae. Cesa el trino de los pájaros.)

SERGIO.-¡Ay!

(CAROLINA y NICOLÁS corren sobresaltados hacia él.)

CAROLINA.-¡Carolina!

NICOLÁS.-¡Sergio!

(Entran asustados y al mismo tiempo: FLOR por la derecha. CRISTINA y ALFREDO por la izquierda. DANIEL y CELIA por el jardín. Corren hasta Sergio. Todos intentan levantarlo.)

CRISTINA.-¡Papá!

FLOR.-¡Señor!

ALFREDO.-¿Otra vez?

CELIA.-¿Qué ha sido?

DANIEL.-¿Puedes incorporarte?

(SERGIO se levanta dificultoso. Alivio en los demás.)

SERGIO.-Sí, gracias. Tranquilos. Hasta la próxima... Me sucede con frecuencia.

FLOR.-¡Qué susto, señor! Sus caídas son de vía crucis.

(Mutis por la derecha. Va cojeando hasta un sillón izquierdo.)

SERGIO.-Esta torpe pierna derecha... ¡Ay! No me gustaría desprenderme de ella. La quiero mucho desde niño.

(Se sienta. Lo hacen en sillones de al lado: CRISTINA, ALFREDO y DANIEL. Se sientan en sillones derechos: CAROLINA, NICOLÁS y CELIA.)

CAROLINA.-Sergio... Con esa pierna no vas a ninguna parte. Está pasada de moda. Trasplanta una moderna.

SERGIO.-Una pierna es una cosa muy larga. ¿Dónde las hay? Si encontrase un alma caritativa,,,

(Todos miran serios a NICOLÁS, que se torna muy nervioso. UN MOMENTO.)

NICOLÁS.-¿Tienen... que... trasplantarte... una... pierna...?

SERGIO.-Nicolás, mi dilecto amigo. Deseo pedirte un pequeño favor...

NICOLÁS.-No resultaría ético negártelo. Todo lo que esté en mi mano...

SERGIO.-En tu mano, lo que se dice en tu mano... Tu cuerpo es una gran fortuna. Puede ser tan útil... Mi pierna derecha la llevo de adorno. Nicolás, compláceme con un regalito. Una simple limosna...

(Le extiende la palma de la mano.)

¡Tu pierna derecha, por el amor de Dios!

NICOLÁS.-¿Te apetece... mi pierna? Con sumo gusto. Es un placer. Pero sin ella...

ALFREDO.-Hablas con mentalidad burguesa. Una pierna... no es nada.

CRISTINA.-Ante una eventualidad... siempre te queda la otra.

CAROLINA.-Exponéis lo irreversible. Reza con devoción... y te crece.

(SERGIO se levanta.)

SERGIO.-¿Me socorres con tu lengua extremidad?

(NICOLÁS se levanta.)

NICOLÁS.-Privarte de ese capricho... Seré más feliz aquí con una pierna que en el arroyo con las dos.

(Van el uno hacia el otro. Se abrazan. Los demás se levantan contentos.)

SERGIO.-¡Dios te lo pagará!

(Se sueltan. CAROLINA y CRISTINA sacan cintas métricas. Miden, respectivamente, las piernas derechas de Sergio y Nicolás.)

CAROLINA.-Un metro.

DANIEL.-Si la de Nicolás no fuese simétrica...

CRISTINA.-¡Un metro!

CELIA.-¡Son dos piernas gemelas!

(Guardan las cintas. ALFREDO lleva a Sergio hasta el sillón derecho.)

ALFREDO.-¡Manos a la obra! La operación es de diletantes. Siéntate aquí.

(SERGIO se sienta receloso. DANIEL lleva a Nicolás hasta un sillón izquierdo.)

DANIEL.-Te relajas en este confortable sillón...

(NICOLÁS se sienta miedoso.)

NICOLÁS.-Siento como si estuviese en capilla. La mutilación de una pierna es el primer paso al otro mundo.

CRISTINA.-Tu imaginación se desborda. Una pierna, para el cuerpo humano, equivale a una pequeña propina.

SERGIO.-Mi operación es doblemente dolorosa. A Nicolás le amputan la pierna... y colorín colorado. A mí hay que acoplarme la suya. ¡Son dos operaciones!

CELIA.-¡Una también! Tu organismo recibirá la nueva pierna con sana alegría y no se va a quejar.

CAROLINA.-¡Qué gran día el de hoy! Los dos preparados para el momento sublime. Sólo falta...

(Mutis de ALFREDO, CRISTINA, DANIEL, CELIA y CAROLINA por la izquierda. NICOLÁS y SERGIO miran aterrorizados al público. UN MOMENTO. Se observan.)

SERGIO.-Remitente Nicolás...

NICOLÁS.-Destinatario Sergio...

SERGIO.-A mí, ya estás informado, me van a cortar una pierna.

NICOLÁS.-Si mi caso te sirve de consuelo...

SERGIO.-Como rechace la tuya..., pierdo la mía a perpetuidad.

NICOLÁS.-Yo... la rehúses o no la rehúses...

SERGIO.-De repelerla..., no te desazones. Estoy dispuesto a devolvértela.

NICOLÁS.-Eres muy amable. ¿Y... si se ajusta familiarmente a ti? ¿Podría aprovechar la tuya?

SERGIO.-Cuenta con ella, olvidaré las ofertas. Prefiero que la luzcas tú a que la usurpe cualquier desconocido.

NICOLÁS.-¡Muchísimas gracias!

SERGIO.-Lo malo es que está caducada. La exhibo en un escaparate, a módico precio, y no se estrena.

NICOLÁS.-¡Qué fatalidad! Para una vez que me surge una ganga...

SERGIO.-Me horroriza pensar que no me encaje. ¿Qué va a ser de mí? Tendré que insertar un anuncio en los periódicos: “Se necesita extremidad inferior. Abstenerse señores con muleta”.

NICOLÁS.-¡Ánimo, hombre! Te sentará como anillo al dedo. ¡Alegra el semblante! Me entristece verte así.

(PAUSA. Se levantan. Accionan.)

SERGIO.-Ahora disfrutamos de nuestras dos piernas... Podemos movernos, bailar...

NICOLÁS.-Caminar con ellas... Saltar, correr... ¡Es maravilloso!

(Suben tristes el pernil derecho de sus pantalones hasta la ingle.)

SERGIO.-Dentro de un poquito...

NICOLÁS.-Los pantalones nos resultarán más económicos.

(Por la izquierda entran, con instrumental exageradamente grande: ALFREDO con una sierra. DANIEL con una tijera. CAROLINA con una jeringa. CRISTINA con una aguja. CELIA con un ovillo de color carne. SERGIO y NICOLÁS se sobresaltan. Dejan caer sus pernils y se sientan derrotados en sus sillones. Los demás dejan las cosas sobre unas sillas. En voz baja.)

SERGIO.-¡Jesús! ¿No había una talla menor?

NICOLÁS.-¿Para qué es todo eso?

(CAROLINA toca una campanilla. Por la derecha entra FLOR.)

FLOR.-Señores...

CAROLINA.-Prepare urgentemente el quirófano.

FLOR.-Sí, señora.

(Mutis por la izquierda. Va creciendo el estado de ánimo de SERGIO y NICOLÁS.)

NICOLÁS.-Me condenan a un quirófano

SERGIO.-Serénate, Nicolás. Ten fe en la cirugía.

ALFREDO.-¿Por quién comenzamos?

(SERGIO y NICOLÁS se señalan mutuamente. Voz normal.)

SERGIO y NICOLÁS.-Por...

CELIA.-Parecéis chiquillos. Os asusta cualquier insignificancia.

DANIEL.-Sugiero que amputemos primero la pierna de Sergio. Así le llega fresquita la de Nicolás.

(Por la izquierda entra FLOR. Empuja una mesa de quirófano con rueditas. La deja en el centro de la escena paralela al público.)

FLOR.-Señores: El quirófano está servido.

(CAROLINA coge la jeringa. Va hasta Sergio y le remanga el brazo derecho.)

SERGIO.-¿Qué... vas a hacer? Es la pierna del mismo lado.

CAROLINA.-Lo sé, lo sé...

(Inyecta. SERGIO queda dormido. Le baja la manga.)

NICOLÁS.-Pobrecito.

(CRISTINA y CELIA cogen a Sergio y lo llevan a la mesa de operaciones. CAROLINA deja la jeringa sobre la silla.)

CRISTINA.-Con delicadeza, Celia. Es mi padre. Puede deteriorarse la pierna sana.

(Lo dejan sobre la mesa. ALFREDO coge la sierra.)

ALFREDO.-Dijisteis antes... la pierna derecha. ¿No?

FLOR.-Sí, don Alfredo, la derecha.

(Le sube el pernil derecho hasta la ingle. ALFREDO simula cerrar.)

CELIA.-¡Estás serrando muy bien!

ALFREDO.-Gracias. Daniel, por favor. ¿Te causa extorsión coger la tijera?

DANIEL.-Ni mucho menos. Para eso estamos los amigos.

(La coge.)

ALFREDO.-¿Tienes la bondad de cortar por aquí?

(DANIEL simula cortar.)

DANIEL.-Lo considero un honor. ¿Así?

CAROLINA.-¡Bien rebajadita!

CRISTINA.-Cede...

CELIA.-¡Sí!

NICOLÁS.-Sois unos virtuosos! ¡Qué suerte entregarse en vuestras manos!

CRISTINA.-Se separa, se separa...

(FLOR retrocede asustada. SERGIO dobla la pierna.)

ALFREDO y DANIEL.-¡Se ha separado!

FLOR.-¡Nunca he visto al señor de esta forma!

(CAROLINA coge una pierna ortopédica, que está oculta en la mesa. CRISTINA ajusta el pantalón de Sergio. NICOLÁS se levanta.)

NICOLÁS.-Guardadla en el frigorífico. ¡Me puede servir!

CAROLINA.-Rebosas de un optimismo... ¡Coja la pierna, Flor!

(Se la lanza. FLOR la coge en el aire.)

FLOR.-¿La envió al Museo de Miembros Ilustres?

CRISTINA.-¡Arrójela a la basura!

(NICOLAS se sienta triste.)

FLOR.-Lo que usted ordene, señora.

(Mutis por la derecha. CRISTINA y CELIA cogen a Sergio y lo llevan al sillón derecho.)

CELIA.-Tu padre pesa menos. Le encuentro... ¿Cómo te diría yo? Más ligerito.

(Lo sientan. CAROLINA coge la jeringa. Va hasta Nicolás y le remanga el brazo izquierdo.)

NICOLÁS.-No, no. ¡En el brazo derecho! Será más eficaz para su pierna correspondiente!

(CAROLINA le baja la manga. Le remanga el brazo derecho.)

CAROLINA.-Legal exigencia, Nicolás. Es justo no perder tu derecho.

(Inyecta. NICOLÁS ronca. Le baja la manga.)

DANIEL.-Sabe Dios en qué estará roncando.

ALFREDO.-¡Qué ordinariez!

(CAROLINA deja la jeringa sobre la silla. SERGIO ronca.)

CELIA.-Están muy compenetrados. Parece que nacieron el uno para el otro.

(Dejan de roncar. CRISTINA y CELIA cogen a Nicolás y lo llevan a la mesa de operaciones.)

CRISTINA.-Hay que reconocer que un pobre es una carga más llevadera.

(Lo dejan sobre la mesa.)

ALFREDO.-¿La derecha... también?

DANIEL.-Sí, sí; la derecha. Te equivocas y la labor anterior resultó infructuosa.

(Le sube el pernil derecho hasta la ingle. Suena la música de striptease. ALFREDO simula serrar.)

CAROLINA.-Nicolás, ahora que no nos oyes: ¡Qué gran acto heroico!

(DANIEL simula cortar.)

DANIEL.-Os hablo por experiencia. Esta pierna resulta más fácil cortarla.

CELIA.-A la una...

CRISTINA.-A las dos...

(NICOLÁS dobla la pierna. Cesa la música.)

ALFREDO y DANIEL.-¡A las tres!

(CAROLINA coge otra pierna ortopédica, que está oculta en la mesa. Corre hasta Sergio. CELIA aplaude.

CRISTINA ajusta el pantalón de Nicolás. ALFREDO y DANIEL dejan sierra y tijera sobre las sillas.)

CAROLINA.-Maridito... ¿Para quién va a ser esta piernita?

(CRISTINA y CELIA cogen a Nicolás y lo llevan al sillón izquierdo. CAROLINA, ALFREDO y DANIEL van hasta la mesa de operaciones.)

CELIA.-Te aseguro que, cuando despierte, se va a ver distinto.

(Lo sientan.)

CAROLINA.-¡Daos prisa! ¡No voy a pasar la vida con la pierna en las manos!

(CRISTINA y CELIA corren hasta Sergio.)

CRISTINA.-Mamá, un poco de paciencia.

(Cogen a Sergio y lo llevan a la mesa de operaciones.)

CELIA.-¡Qué trabajos nos manda el Señor!

(Lo dejan sobre la mesa.)

ALFREDO.-Carolina, si no te molesta, ¿me haces el favor de ceder la pierna?

CAROLINA.-Cógela con mucho cuidado. Que no se estropee. Sería una pérdida irreparable.

(Se la entrega. ALFREDO la coloca en el cuerpo de Sergio.)

DANIEL.-Chicas, abastecemos de aguja e hilo. No va a andar con la pierna suelta.

(CRISTINA coge la aguja y CELIA el ovillo.)

CRISTINA.-Papá por un lado y la pierna por otro... ¡Llevaría doble vida!

(CELIA le coge la aguja.)

CELIA.-Permíteme enhebrar. ¡Todo por la causa!

(Enhebra. Corta el hilo. Le da la aguja a Alfredo.)

ALFREDO.-Muy amable. Daniel, sin prejuicios, adhiere la ofrenda de Nicolás.

(CAROLINA le coge el ovillo a Celia. Lo deja sobre la silla. Vuelve al grupo.)

DANIEL.-Si hay error de algún centímetro... Considera que es la primera vez.

(Aguanta colocada la pierna. ALFREDO simula coser.)

CAROLINA.-¡Coses como los ángeles!

CELIA.-Igualito, igualito que las monjitas.

CRISTINA.-¿Doy unas puntadas?

ALFREDO.-Otro día. La aguja va como una seda. Esto es coser y cantar.

(Canta.)

“Cómprame usted esta ramito, no vale más que un rial...”.

DANIEL.-¡Un divo!

CELIA.-¡Bravo!

ALFREDO.-”Cómprame, señorito; cómprame, señorito, pa lucirlo en el ojal”.

CAROLINA.-¡Qué garganta!

CRISTINA.-¡Debes presentarte a un concurso! Prodigas tu faceta inédita.

ALFREDO.-Un suave respunte... Así... Con completo dominio...

(DANIEL oculta la pierna ortopédica en la mesa y SERGIO normaliza la suya.)

¡¡Eureka!!

DANIEL.-¡Misión cumplida!

CRISTINA.-¡Todo un Premio Nobel!

ALFREDO.-Bueno..., bueno...

CELIA.-¡Torero!

CAROLINA.-Mi más sincero agradecimiento en nombre de la humanidad.

ALFREDO.-Gracias, muchísimas gracias. Por ella lo he hecho.

(Deja la aguja sobre la silla. Frota satisfecho las manos. CRISTINA y CELIA cogen a Sergio y lo llevan al sillón derecho.)

CELIA.-¡Cómo pesa ahora! Yo te digo que ha engordado.

(Lo sientan. Por la derecha entra FLOR.)

FLOR.-Señores: ¿Pueden facilitarme el parte facultativo?

CRISTINA.-¡Una obra de arte! Sírvase retirar el quirófano.

FLOR.-Me congratula el éxito. Lo que los señores no consigan...

(Empuja la meta de operaciones y hace mutis por la derecha.)

CAROLINA.-Convendría despertarlos. Habrá que indicarles quién es cada uno.

DANIEL.-Les sentará mejor dormir un ratito. Tienen toda la vida para identificarse.

(Cogen el instrumental que utilizaron.)

ALFREDO.-Dan ganas de brincar con los dos pies. ¡Qué satisfacción produce el cumplimiento del deber!

(Mutis por la izquierda de ALFREDO, CRISTINA, CAROLINA, DANIEL y CELIA. SERGIO y NICOLÁS continúan dormidos. UN MOMENTO. Se van despertando lentos y aturdidos. Se miran confusos. Llevan instintivamente, y al unísono, las manos a sus piernas derechas. Asustado.)

SERGIO.-¡Carezco de una pierna!

NICOLAS.-Una... Dos...

(Feliz.)

¡Sigo con mi envidiable par!

(Reaccionan. Se miran serios. PAUSA.)

SERGIO.-Cuenta... Cuenta ortodoxamente..

(NICOLÁS se torna triste.)

NICOLÁS.-Una y... En la escuela no me enseñaron a sumar más.

(SERGIO baja feliz el pantalón. Se levanta.)

SERGIO.-Poseo dos piernas como todo el mundo. ¡Dos piernas gracias a ti! Recuérdame que te debo una.

NICOLAS.-Las deudas entre amigos... Tú harías lo mismo por mí.

SERGIO.-Te agradeceré tan valioso obsequio hasta que estire mis insignes patas. ¡Ven a mis brazos!

(NICOLÁS intenta inútilmente levantarse.)

NICOLÁS.-Soy prisionero... de este... confortable sillón.

(Por la derecha entra FLOR con una muleta. Se la ofrece.)

FLOR.-Don Nicolás: La muleta está servida.

NICOLÁS.-Esa hermosa muleta... ¿Es... para mí?

FLOR.-Su cálculo de posibilidades... Por favor, señor, tómela como un divertimento.

NICOLAS.-No existen palabras para expresar mi gratitud.

(La coge y se incorpora dificultoso. Da torpemente unos pasos. Se para.)

SERGIO.-¡Sin miedo! Al principio, es natural, estás desacostumbrado.

NICOLÁS.-Tener que ser autodidacta...

FLOR.-Nadie traspasó el seno materno manejando una muleta. Los más aventajados aprendieron en la cuna.

(NICOLÁS camina muy lento hacia Sergio.)

NICOLÁS.-Con fuerza de voluntad... ¡Me gusta!

FLOR.-¡Asombra su progreso!

SERGIO.-El que no te hubiese conocido pensará que has usado la muleta desde pequeñito.

(NICOLÁS, grotesco, camina mejor.)

NICOLÁS.-¡Gracias, Dios mío! No añoro en absoluto tu pierna. Si fuese mendigo, ¡subiría mi cotización!

SERGIO.-¡Nicolás!

(Se abrazan.)

NICOLÁS.-¡No han arrebatado mi felicidad!

(Van rápidos hasta el espejo. Se contemplan dichosos.)

FLOR.-¡Qué bello christmas para felicitar a la humanidad!

(Por la izquierda entran CAROLINA, ALFREDO, CRISTINA, CELIA y DANIEL. Se tornan alborozados.

NICOLÁS y SERGIO se vuelven satisfechos hacia ellos.)

CAROLINA.-¡Oh!

ALFREDO.-¡Me siento orgulloso!

CELIA.-Han mejorado.

NICOLÁS.-No hay más que vernos.

CRISTINA.-¡Quién os ha visto y quién os ve!

FLOR.-¿Verdad, señora?

DANIEL.-Les observo algo en común...

SERGIO.-¡Nuestra inmensa alegría!

CAROLINA.-Contagia vuestro alborozo. La noche es larga. ¡Muy larga! Qué siga. ¡Qué siga la fiesta!

CRISTINA.-Llega el instante cumbre de nuestras fiestas. ¿Sabes cuál es, Nicolás? ¡La hora del sorteo!

NICOLÁS.-¿Vais... a rifar... algún miembro?

SERGIO.-Un miembro es una cosa prosaica... Invocaremos al azar para algo poético... ¡Sortearemos el amor!

(ALFREDO coge una bolsita azul y DANIEL otra de color rosa.)

ALFREDO.-En esta bolsa azul hay cuatro bolas nominativas. Una por cada varón aquí presente.

DANIEL.-La bolsa rosa contiene otras cuatro bolas con los hombres de estas honestas mujeres.

FLOR.-Una mano inocente se introduce en cada bolsa... ¡Hagan juego, señoras y señores!

CELIA.-La ruleta erótica, Nicolás. ¡Apasionante! Existen noches en que la suerte no resulta propicia. Lo elegante es saber perder. El que la sigue... Llega la ansiada noche... ¡Oh! ¡Las mil y una noches! Me compensa tener muy arraigado el vicio del juego.

NICOLÁS.-Tentar a la fortuna así... ¡Es inmoral!

CAROLINA.-Querido..., ¿localizaste el vocablo inmoral en algún diccionario plebeyo? Nosotros acudimos a los confesonarios para acusarnos de los pecados estéticos. Nunca nos arrepentimos de los éticos.

(CRISTINA coge la bolsita rosa y CAROLINA la azul. Sacan todas las bolas. Las van mostrando e introduciendo en sus bolsitas.)

CRISTINA.-Aquí no hay trampa ni manipulación. No es nuestro estelo. Felicitémonos, chicas. ¡Entramos todas en el bombo! Celia, Flor, Carolina, Cristina.

CAROLINA.-¿Qué iba a ser de nosotras solitas? Pasamos lista... ¡Ni una deserción! Nicolás, Sergio, Alfredo, Daniel. Se agitan como en una coctelera... ¡Qué Dios reparta suerte!

(Van sacando bolas y dejándolas sobre una mesita.)

CRISTINA.-Flor.

FLOR.-¡Lo importante es participar!

CAROLINA.-Sergio.

SERGIO.-¡Al fin!

(Va al lado de Flor. Satisfacción en los dos.)

CRISTINA.-Celia.

CELIA.-Santa María, Madre de Dios... ¡No me abandones!

CAROLINA.-Daniel.

DANIEL.-¡Maldición! ¿Organizáis certámenes de castidad?

CELIA.-¿Qué hago yo con mi marido? Es una broma de mal gusto. ¡Juego revuelto!

(CAROLINA introduce la bola en la bolsita. Saca otra.)

CAROLINA.-Alfredo.

ALFREDO.-¡Qué alivio! Las opciones que me quedaban...

(Va al lado de Celia. Satisfacción en los dos.)

CELIA.-¡Ha resplandecido la justicia!

CRISTINA.-Cristina. Colabora, mamá.

CAROLINA.-Daniel.

DANIEL.-¡Cristina! Hacía por lo menos...

(Va a su lado. Satisfacción en los dos. CAROLINA y CRISTINA guardan las bolas y dejan las bolsitas.)

NICOLÁS.-¿Yo... libro?

CAROLINA.-Adivina, adivina...

(Va ilusionada a su lado. Suena débil un minué. La escena adquiere un aire versallesco. Las mujeres ofrecen sus brazos. Los hombres las cogen.)

FLOR.-Mi apetecible señor.

SERGIO.-Sabrosa señorita.

(Mutis de los dos por el jardín.)

CELIA.-Me urgen tanto vuestras mercedes.

ALFREDO.-Mi prosapia es tan humilde para vos.

(Mutis de los dos por la derecha.)

CRISTINA.-Confórteme, caballero, con una obra de misericordia.

DANIEL.-Nunca podrá compararse a las muchas de su preciada colección.

(Mutis de los dos por la izquierda.)

NICOLÁS.-Permitidme, virtuosa dama, que permute brazo y muleta.

(Cambia la muleta al brazo izquierdo. Mutis de los dos por la escalera. Se oye fuerte la música. UN MOMENTO. Cesa la música. Por la derecha entra trágica CELIA. Está en ropa interior.)

CELIA.-¡¡Auxilio!! ¡¡Cielos!! ¡¡Auxilio!!

(Entran enojadas, al mismo tiempo: FLOR por el jardín. CRISTINA por la izquierda. CAROLINA por la escalera. Están en ropa interior.)

FLOR.-¡Un mínimo de consideración!

CRISTINA.-¡Piensa en las demás!

CAROLINA.-¡No puedes interrumpirnos!

(Mutis rápido y al mismo tiempo: FLOR por el jardín. CRISTINA por la izquierda. CAROLINA por la escalera.)

CELIA.-¡Os lo suplico! ¡Acabad! ¡¡Acabad pronto!!

(Mutis por la derecha. Se oye fuerte la música. UN MOMENTO. Cesa la música. Entran sosegados y al mismo tiempo: FLOR y SERGIO por el jardín. CRISTINA y DANIEL por la izquierda. CAROLINA y NICOLÁS por la escalera. Están vestidos.)

DANIEL.-No es correcto que mi propia esposa me dificulte una plácida realización

SERGIO.-Descartemos que son síntomas inequívocos de celos. Únicamente que se excediese con su pareja.

NICOLÁS.-Por mucho que se propasase... ¿Qué iba a ocurrirle a Alfredo?

(Por la derecha entra desolada CELIA. Está vestida. Porta un brazo ortopédico.)

CELIA.-¡Ha perdido el brazo izquierdo!

(Asombro en los demás. Le entrega el brazo a Cristina.)

CRISTINA.-Ay, no volverás a acariciarme con él. ¿Qué le hiciste, Celia? ¿Ensayaste una aberración inédita?

CELIA.-Alfredo se disponía a cerrar la ventana. Me decía: “Amor mío, recíbeme en tus brazos”. Se los extendiendo transportada. “¡Ahí voy!”-exclama. ¡Zas! Cae la ventana como una guillotina. ¡Mis manos se encuentran con la extremidad!

(CRISTINA le pasa el brazo a Sergio.)

SERGIO.-Una extremidad, reconozcámoslo sin ambages, que se sintió atraída por tus hechizos.

CELIA.-Estaba tan ilusionada, ardía de pasión... ¡Un brazo, a la hora del amor, es siempre un jarro de agua fría!

(SERGIO le pasa el brazo a Flor.)

FLOR.-A grandes males... La señora debió depositarlo encima de la mesita de noche.

CELIA.-¡Que horror! Su mano, en cualquier momento, podría agarrarme por mis sensibles cabellos.

(DANIEL le coge el brazo a Flor.)

DANIEL.-Me disgusta tu frustración. No te reprimas. Retorna al lecho. Sostendré pacientemente el miembro.

CELIA.-Muchísimas gracias. Ahora estoy traumatizada. Si no tardo en superarlo...

(DANIEL le pasa el brazo a Nicolás.)

NICOLÁS.-¡Qué maravillas tiene el cuerpo humano!

(CAROLINA le coge el brazo. Lo acaricia amorosamente. Se torna completamente negro.)

CAROLINA.-¡Negro! ¿Os dais cuenta? ¡El brazo se ha puesto de luto por su dueño!

(Por la derecha entra derrotado ALFREDO. Oculta el brazo izquierdo. Le cae la manga de la chaqueta.

CAROLINA esconde instintivamente el brazo tras su espalda.)

ALFREDO.-¡Soy un mártir del amor!

(CRISTINA lo abraza.)

CRISTINA.-¡Te querré igual! ¡Abrazame fuerte!

(ALFREDO se suelta.)

ALFREDO.-No puedo. ¿Se nota... mucho?

SERGIO.-¿Es un acertijo?

ALFREDO.-Extravié el brazo izquierdo...

(CAROLINA lo muestra.)

CAROLINA.-¿Es éste?

ALFREDO.-¡Ha cambiado de raza! Si me lo injertasen..., comentarían que mi madre con un negro...

(CAROLINA le da el brazo a Flor.)

CAROLINA.-Flor, tome posesión del brazo. Su articulación adecuada es la basura.

FLOR.-Sí, señora. ¡Jesús! Vamos a hacer del basurero un rompecabezas.

(Mutis por la derecha. ALFREDO se contempla afligido en el espejo.)

ALFREDO.-¡No me atrae mi nueva imagen! Es la primera vez que me veo así. ¿Será distinto el espejo?

NICOLAS.-Contéplate en mí, Alfredo ¿Qué es un simple brazo? Si tuvieses que ganar el pan mendigando...

ALFREDO.-¡Mi hijo con un padre manco!

DANIEL.-No se te ocurra insinuárselo.

ALFREDO.-Cuando estudie anatomía...

CELIA.-Superaremos nuestro trauma. Yo casi estoy restablecida. ¡Todo tiene solución!

CRISTINA.-¿Dices que...? ¿Todo tiene... solución?

(Los personajes miran ilusionados a Nicolás. Éste, como una fiera acorralada, recorre reiteradamente el escenario con grandes golpes de muleta. UN MOMENTO.)

ALFREDO.-Nicolás...

(NICOLÁS se para.)

NICOLÁS.-Alfredo...

ALFREDO.-Necesito solicitarte un humilde obsequio...

NICOLAS.-Como esté en mi mano...

ALFREDO.-Te deseo que nunca te veas como yo. La fortuna de tu cuerpo puede ser tan útil a la sociedad...

Nicolás, sólo tengo una mano, pero extendo su palma para suplicarte una limosna...

(La extiende.)

¡Tu brazo izquierdo, por el amor de Dios!

NICOLÁS.-Con un brazo errante... Bueno..., seguiré siendo feliz con vosotros.

CAROLINA.-¡Flor!

(Por la derecha entra FLOR.)

FLOR.-Señores...

CAROLINA.-Sírvanos prestamente el quirófano.

FLOR.-Sin dilación, señora.

(Mutis por la derecha. ALFREDO le extiende la mano a Nicolás.)

ALFREDO.-¡Dios remunera con el ciento por uno!

NICOLÁS.-No lo hago como una inversión de brazos.

(Le va a dar la mano derecha. Recapacita y le da la izquierda.)

SERGIO.-Vamos a afilar el instrumental.

CRISTINA.-¿Sierras tú, cariño?

ALFREDO.-¿Así?

DANIEL.-Eres un maestro. Amputarás el brazo a tu medida

ALFREDO.-Eximirme esta vez. Velo por mis intereses. Me saldría una chapuza.

CELIA.-Te ennoblece la modestia. Intentaremos esmerarnos. Malo será que entre todos...

(Mutis de SERGIO, CAROLINA, CRISTINA, DANIEL y CELIA por la izquierda. ALFREDO pasea nervioso.)

NICOLÁS.-Tranquilízate, Alfredo. Tu operación es un simple trámite. ¿Qué más quieres? Tienes cortado el brazo. Yo he de pasar por ese trance. ¡Cómo te envidio a priori!

(ALFREDO se para.)

ALFREDO.-Me cambio ahora mismo por ti. Tú despiertas de la anestesia y no vas a llevar una decepción. Yo, con mi único brazo, deshojo angustiado esta terrible margarita: ¿Me sirve? ¿No me sirve?

NICOLÁS.-Desconfiar de la excelencia de mi brazo, perdona que te hable en estos términos, lo considero una ofensa. Mis miembros son una garantía. Puedes pedir referencias de mi expediente corporal.

ALFREDO.-Alzaba mis brazos al cielo... Perdón. Alzaba mi brazo al cielo...

(Lo alza.)

Y requeriría ayuda.

NICOLÁS.-El cielo, como le levantes un solo brazo, te hace mucho menos caso.

(Por la derecha entra FLOR. Empuja la mesa de operaciones.)

FLOR.-Señores: El tren milagroso para en esta estación. ¿Quién es el viajero?

(ALFREDO y NICOLÁS se señalan con sus manos derecha e izquierda.)

ALFREDO.-¡Nicolás!

NICOLÁS.-¡Alfredo!

ALFREDO.-Efectuar un trasplante sin materia prima...

NICOLÁS.-Tienes razón. Seccionarte más cosas sería gula. Por favor, sostén esto que llaman muleta.

(Se la entrega. Sube a la mesa y se estira. FLOR la empuja hacia la izquierda.)

FLOR.-¡Marchando! ¡Una de brazo!

ALFREDO.-Nicolás, ignoras lo que traes entre manos.

(FLOR se para.)

NICOLÁS.-¿He perdido algo?

ALFREDO.-¡Olvidas la muleta como si fuera un paraguas!

(La coloca sobre la mesa. FLOR, que la empuja, y NICOLÁS hacen mutis por la izquierda. Suena fuerte la música de striptease. ALFREDO va a la barandilla. Apoya pensativo la cabeza en la mano. UN MOMENTO. Cesa la música. Por la izquierda entra jubilosa CRISTINA.)

CRISTINA.-¡Albricias! ¡El brazo es nuestro!

(ALFREDO se vuelve ilusionado.)

ALFREDO.-¡Oh! La extremidad... Qué... tal? No me engañes, Cristina.

CRISTINA.-¡De primerísima calidad! La tiene mamá en brazos.

(Por la izquierda entra triste NICOLÁS. Oculta el brazo izquierdo. Le cae la manga de la chaqueta.)

NICOLÁS.-Disculpadme que me presente poco elegante.

CRISTINA.-Lo estimo una presunción. Estás tan presentable como mi marido. Brazo más, brazo menos...

VOZ DE CAROLINA.-¡No voy a echar raíces con este brazo!

(ALFREDO y NICOLÁS se miran serios. PAUSA. Se abrazan.)

ALFREDO.-Soy tu eterno deudor. Todo lo que esté en mi mano...

(Se suelta.)

NICOLÁS.-¿Me abrazarás igual con los dos?

ALFREDO.-Dudarlo... Seguiré siendo el de siempre. No se me va a subir tu brazo a la cabeza.

CRISTINA.-Dejaos de cortesías. La paciencia de mamá tiene un límite.

VOZ DE CAROLINA.-¡¡El brazo se enfría!!

ALFREDO.-¡Voy! ¡¡Voy!! Perdona, Nicolás, Primero es la obligación.

NICOLÁS.-No faltaba más. Juzgarlo un desaire...

(ALFREDO coge del brazo a Cristina.)

ALFREDO.-Iré más seguro amparándome en tu brazo.

CRISTINA.-Pronto, muy pronto... ¡me cobijaré en los vuestros!

(Mutis de ALFREDO y CRISTINA por la izquierda. NICOLÁS se contempla abatido en el espejo. UN MOMENTO. Por la izquierda entra alegre CELIA.)

CELIA.-La noche está naciendo. ¡La fiesta continúa! Llega la representación teatral. Tú y yo interpretaremos una escena de amor. Talía llama a nuestros corazones. ¡He aquí el tinglado de la antigua farsa!

(Coloca, en el centro del escenario y frente a la barandilla, una hilera de cinco sillas.)

NICOLÁS.-Jamás he pisado un escenario. Soy el menos indicado para el papel de galán. Mi representación resultará grotesca. Tendré que maquillarme de la cabeza a los pies.

CELIA.-Te transmutaré en mi más apuesto partenaire. Ven, vamos a ensayar. Romeo y Julieta, pobrecitos, serán desde hoy una caricatura de enamorados.

(Mutis de NICOLÁS y CELIA por el jardín. Por la izquierda entran DANIEL, CAROLINA, SERGIO, CRISTINA y ALFREDO, que tiene los dos brazos. Se sientan en las sillas. Baja la luz. Se ilumina la barandilla. Se escucha tenue un Nocturno de Chopin. Por el jardín entra soñadora CELIA. Se apoya en la barandilla. Mira un momento al jardín. Por el jardín entra ensimismado NICOLÁS.)

NICOLÁS.-¡Oh!

CELIA.-¡¡Ah!!

NICOLÁS.-Contened la pasión, gacela mía. Podría delatarnos vuestro afortunado marido.

CELIA.-¡Me hechizáis! Ay, vuestros ojos flagelan mis inermes sentidos.

NICOLÁS.-Mis ojos reposaron en los vuestros y adquirieron su mismo color. Mas no intentan competir en hermosura.

CELIA.-El amor os enajena. Mis ojos no inspiran madrigales. El derecho... es de cristal.

NICOLÁS.-Me resisto a creer que tan bello ojo lo cincelasen en una vidriería.

CELIA.-¿Poneís en entredicho la palabra de una dama?

(Cesa la música. CELIA simula arrancar su ojo derecho. Lo cierra. Tiene un ojo de cristal en la mano.)

NICOLÁS.-¿Me permitís?

(CELIA se lo entrega.)

CELIA.-¿Os cercioráis?

NICOLÁS.-¡Merece el más lírico poema! ¿Me lo otorgáis como un mechón de vuestro pelo?

CELIA.-Me ruboriza mostrar mis interioridades. Devolvedme mi sucedáneo ocular.

(NICOLÁS se lo entrega. CELIA lo guarda en un bolsillo.)

NICOLÁS.-¡Cuán venusta seguís con un ojo cerrado! Daría mi fortuna por asiros en brazos.

CELIA.-Vuestro ojito derecho es cual fragante flor. Sería tan útil en mi desvencijado jardín... ¡Por la gloria de vuestros queridos difuntos! No me neguéis esa dádiva.

(Le extiende la palma de la mano.)

¡Vuestro ojo derecho, por el amor de Dios!

(Suena la música de striptease. NICOLÁS simula arrancar su ojo derecho. Lo cierra. Tiene un ojo de cristal en su mano. Cesa la música.)

NICOLÁS.-Recibid esta humilde flor de vuestro más ferviente enamorado.

(Se lo entrega.)

CELIA.-¡Es lindísima! Dios os lo premiará. La portaré siempre conmigo como vuestro recuerdo. Tened la seguridad de que, flor y recuerdo, nunca se marchitarán.

(Simula ponerlo. Lo guarda. Abre su ojo. Suena débil el Nocturno de Chopin.)

NICOLÁS.-Qué ojos tan bonitos poséis.

CELIA.-¡¡Son para veros mejor!!

(Se oye fuerte la música. Se abrazan apasionados. Cesa la música. Vuelve la luz de antes. Los demás se levantan y aplauden entusiasmados. CELIA y NICOLÁS, que sigue con el ojo cerrado, se cogen de la mano y saludan con una elegante inclinación de cabeza.)

DANIEL.-¡Sublimes!

SERGIO.-¡Geniales!

CAROLINA.-¡Ha resucitado Shakespeare!

ALFREDO.-¡Cuánto realismo!

CRISTINA.-¡Qué final feliz!

(NICOLÁS va rápido hasta el espejo y se contempla muy triste. Los demás colocan las sillas en sus sitios.)

NICOLÁS.-Pero yo... me he quedado sin el ojo.

(CELIA corre hasta Nicolás. Le tapa el ojo derecho con un parche negro.)

CELIA.-¿Ves bien ahora, Nicolás?

NICOLÁS.-Veo que la vida me sonrío como a vosotros. ¡Ya soy un pirata!

(Se oyen, a lo lejos, aullidos de lobos. Los personajes se miran asustados.)

CAROLINA.-Nos acechan...

ALFREDO.-¡Salvajes!

(Crecen los aullidos. Por la izquierda entra aterrorizada FLOR.)

FLOR.-¡Apocalíptico, señores! ¡Nos invaden manadas de hambrientos!

(Van a la barandilla.)

DANIEL.-¡Aúllan como lobos!

CRISTINA.-¡Saquearán nuestras fortunas! ¡Nos devorarán!

SERGIO.-¿Por qué seremos el blanco de sus iras? Nunca les hemos hecho daño. Cogemos las escopetas...

NICOLÁS.-Disculpadme. No sabría disparar contra mis antiguos compañeros. Son las ovejas negras del mísero rebaño. Pobrecitos. No recibieron mi sumisa educación.

(Aumentan los aullidos.)

CAROLINA.-¡Se aproximan!

CELIA.-No temáis. Vienen siempre desarmados. Alfredo, aprovechamos...

ALFREDO.-¡Está cerrada la ventana!

(ALFREDO y CELIA se cogen de la mano y hacen mutis por la derecha. Los aullidos son muy fuertes.)

FLOR.-¡¡Han llegado!!

DANIEL.-Es la hora estelar de nuestras fiestas. ¿No os ilusiona?

SERGIO.-No existe nada comparable a una cacería humana.

CRISTINA.-¡Se levanta la veda del mendigo!

(Mutis de CAROLINA, SERGIO, CRISTINA, DANIEL y FLOR por el jardín. Se escuchan dos detonaciones. Gritos de terror. Cesan los aullidos. NICOLÁS va exánime al centro de la escena. Por la derecha entran indignados CELIA y ALFREDO.)

ALFREDO.-¿Cómo se puede hacer así el amor? ¡Hoy no es mi día!

CELIA.-¡Hay que pensar en los demás! ¡Exijo el libro de reclamaciones de mis derechos!

NICOLÁS.-Ha tenido que suceder algo...

(Por el jardín entra desconsolada FLOR.)

FLOR.-¡Terrible, señores! ¡Terrible!

(Por el jardín entra afligido DANIEL. Trae el brazo derecho en improvisado cabestrillo. Tiene ensangrentada la manga de la chaqueta.)

DANIEL.-Sólo ha sido muy aparatoso. El jardín permanecía oscuro y al primer disparo...

ALFREDO.-¿Se equivocó de diana?

(CELIA abraza a Daniel.)

CELIA.-¡Cariño! ¡Qué gafe eres!

NICOLÁS.-¡Alégrate, hombre! Tu brazo derecho acaba de nacer. Pero... ¿Las ovejas negras? Huyeron al segundo disparo. ¿Qué les pasó, Daniel? ¿Qué les pasó?

(Por el jardín entran compungidos SERGIO y CRISTINA. Alzan a CAROLINA, que está desesperada. Le falta la pierna izquierda, que lleva doblada. La sientan en un sillón izquierdo.)

CAROLINA.-¡Mi pierna! ¿Dónde está mi pierna izquierda?

NICOLÁS.-¡No!

ALFREDO.-¡Carolina!

(ALFREDO y CELIA van hasta Carolina. NICOLÁS avanza nervioso hacia el centro del primer término.)

CELIA.-Os lo dije... No disparéis como en una verbena. Id todas las semanas a practicar tiro.

(DANIEL se sienta muy dolorido en un sillón derecho.)

DANIEL.-Ay, mi brazo está despertando. Dice que siente dolor... ¡Me duele mucho!

(SERGIO y CRISTINA van hasta Daniel. Le examinan el brazo.)

CAROLINA.-El brazo, el brazo... Ni que a nadie le doliese un brazo. ¡Ya quisiera yo que padeciese mi pierna!

SERGIO.-Este brazo... Carece de porvenir. ¡Habrás que amputarlo!

DANIEL.-¡Es mío!

(Los personajes se observan atribulados. PAUSA.)

FLOR.-Yo... me estoy... mareando.

(Mutis por la derecha.)

CRISTINA.-La pierna, el brazo... ¡No ganamos para miembros! A mí, ahora, no se me ocurre nada. ¿A vosotros...?

(Los personajes miran ilusionados a NICOLÁS, que se torna horrorizado. UN MOMENTO.)

CAROLINA.-Queridísimo Nicolás...

DANIEL.-Nicolás, mi mejor amigo...

CAROLINA.-El resto de tu cuerpo sigue siendo una gran fortuna.

DANIEL.-Todavía es útil para selectas minorías.

CAROLINA.-¿Vas a negarme un simple regalito?

DANIEL.-Concédeme este obsequio baladí...

(CAROLINA le extiende la palma de la mano derecha y DANIEL la izquierda.)

CAROLINA.-¡Tu pierna izquierda!

DANIEL.-¡Tu brazo derecho!

CAROLINA y DANIEL.-¡¡Por el amor de Dios!!

(NICOLÁS huye hasta la puerta de la calle. La abre. ALFREDO, CELIA, SERGIO y CRISTINA corren hacia él.)

ALFREDO.-¡Nicolás!

CELIA.-Por el alma de tus conspicuos antepasados...

SERGIO.-No merecemos tamaña vejación.

(NICOLÁS se vuelve.)

CRISTINA.-Comprendemos que, en tu situación, un brazo y una pierna evidencian un despilfarro. No vas a quedar sin existencias. Pero una sola extremidad...

(NICOLÁS cierra la puerta. Avanza hacia el centro de la escena los demás le siguen.)

NICOLÁS.-Ante tantas facilidades...

(CAROLINA y DANIEL bajan las palmas de sus manos.)

CAROLINA.-¡Yo quiero su pierna!

DANIEL.-¡Ni lo sueñes! ¡Su brazo es para mí!

SERGIO.-Serenaos. Lo vuestro no es urgente. La noche es larga. ¡La fiesta continúa! Ha sonado el turno para mi número de ilusionismo. Creé uno fascinante... ¡Lo voy a estrenar ahora!

(Coloca una silla en el centro del segundo izquierdo. CELIA aplaude feliz.)

CELIA.-¡Ideal! ¡Has elegido el momento apropiado!

SERGIO.-Carolina, ¿tienes la bondad de sentarte aquí?

(ALFREDO y CRISTINA cogen a Carolina y la sientan en la silla. SERGIO coloca otra silla en el centro del segundo derecho.)

CRISTINA.-Por favor, mamá, desiste de incorporarte.

ALFREDO.-¿Vamos a consentir que camines por tu propio pie?

SERGIO.-Toma posesión de tu silla, Daniel.

(DANIEL se levanta y se sienta en la silla. SERGIO coloca una tercera silla en medio de las otras dos.)

DANIEL.-Sólo falta que repitas el número de seccionarnos por la barriga.

SERGIO.-Tú, Nicolás, en el centro de sus compañeros de viaje.

NICOLAS.-Cuando se acumulan méritos...

(Se sienta. SERGIO se dirige a CAROLINA, DANIEL y NICOLÁS, que le irán obedeciendo.)

SERGIO.-Fijad la vista en mi dedo índice... Así... Seguid su movimiento... Estáis cansados... Agotados de tanto deambular... Relejaos... Distended todos los miembros... Tenéis sueño... Mucho sueño... ¡Buenas noches!

(CAROLINA, DANIEL y NICOLAS duermen. SERGIO coge una cortina negra, que cubre el ancho del escenario.)

Celia, coges la cortina por este extremo... Cristina, la agarras por el otro... Ocultadlos totalmente.

(CRISTINA, a la izquierda, y CELIA, a la derecha. cogen un extremo de la cortina los tapan.)

ALFREDO.-¡Me van a hipnotizar tus secretarias!

SERGIO.-Señoras y señores: ¡Comienza el mayor espectáculo del mundo! ¡Bajad la cortina!

(CRISTINA y CELIA bajan la cortina. Han desaparecido CAROLINA, DANIEL y NICOLÁS. Están las tres sillas.)

CRISTINA.-Se han evaporado...

CELIA.-¡Me he quedado viuda!

ALFREDO.-Retórnalos, Sergio. ¡Retórnalos a sus mismos sitios! La realidad, nuestra sucia realidad, no se evade con juegos de ilusión. ¡Hay que asumirla siempre!

(CRISTINA y CELIA alzan esperanzadas la cortina.)

SERGIO.-¡Soñemos juntos! Hagamos posible lo imposible. Y el común deseo, nuestros viles deseos..., ¡será la realidad soñada!

(Suenan fuerte la música de striptease. UN MOMENTO. Cesa la música. CRISTINA y CELIA dejan caer la cortina al suelo. CAROLINA y DANIEL están sentados en sus sillas, Ella tiene las dos piernas. El muestra normal su brazo sin cabestrillo ni sangre la manga de la chaqueta. Ha desaparecido la silla de en medio y, en su lugar, hay una silla de ruedas en la que está sentado NICOLÁS. Le faltan las dos piernas. que dobla, y los dos brazos, que oculta. Lleva ajustados los pantalones y caídas las mangas de la chaqueta. Sigue con el parche en el ojo derecho. No está la muleta. Los tres continúan en estado hipnótico.)

ALFREDO.-¡Han vuelto a sus mismos sitios!

CRISTINA.-Han regresado del mundo de los sueños.

CELIA.-¡Han resucitado con sus cuerpos y almas!

(CRISTINA y CELIA guardan la cortina. SERGIO se dirige a CAROLINA y DANIEL, que le irán obedeciendo. NICOLÁS queda aislado.)

SERGIO.-Carolina... Daniel... Dormisteis plácidamente... Seguid... , seguid mi dedo... Así... ¡Buenos días!

(CAROLINA y DANIEL despiertan y se levantan felices.)

DANIEL.-¡Qué juego más divertido!

CAROLINA.-¿Os reísteis mucho de nosotros?

(Dejan las sillas en sus sitios. Se oye el llanto del bebé.)

CRISTINA.-¡Está llorando nuestro hijo! Los bebés de oro nacen sin lágrimas.

ALFREDO.-Si el niño solloza... ¡Le apetecerá un yate!

(Mutis por la izquierda de CRISTINA, ALFREDO, CAROLINA, SERGIO, CELIA Y DANIEL. Cesa el llanto del bebé. NICOLÁS despierta. Se siente triste. Por la derecha entra FLOR. Lleva gafas oscuras.)

FLOR.-Vivo tan apenada desde aquel accidente... Ay, no me atrevo a suplicarle un exiguo obsequio...

NICOLÁS.-Siempre que esté en ...

FLOR.-Su cuerpo, don Nicolás, es una pequeña fortuna. Por caridad, hermano, no me niegue esta limosna...

(Le extiende la palma de la mano.)

¡Su ojo izquierdo, por el amor de Dios!

NICOLÁS.-¿Nada más? Parece mentira, Flor...

(Suenan la música de striptease. FLOR le quita el parche a NICOLÁS, que tiene cerrado el ojo derecho. Lo guarda en un bolsillo. Quita las gafas. Tiene cerrado su ojo izquierdo. Se las pone a él. Cesa la música. FLOR abre entusiasmada su ojo.)

FLOR.-¡El Señor le dará su santa gloria!

(Se oye fuerte El Danubio azul. FLOR coge la silla por detrás. Entran bailando: CAROLINA y SERGIO por el jardín; CELIA y DANIEL por la izquierda; CRISTINA y ALFREDO por la derecha. FLOR mueve la silla acorde con la música. NICOLÁS balancea su cabeza al compás del vals. UN MOMENTO. CRISTINA lleva dolorida sus manos al corazón. Cesa la música. Las parejas se sueltan asustadas.)

ALFREDO.-¡Cristina!

CAROLINA.-¡Hija!

CELIA.-¿El síndrome del marido?

CRISTINA.-Me... muero.

DANIEL.-¿Quién te lo ha dicho?

CRISTINA.-¡Ay...! Mi corazón... se declara en huelga.

NICOLÁS.-¿El corazón?

(Sientan a CRISTINA en un sillón derecho. NICOLÁS queda solo.)

SERGIO.-Eres su empresaria. No toleres conflictos cardíacos.

FLOR.-Si los corazones efectúan paros... ¿Que van a reivindicar?

CRISTINA.-Lo que les vedamos siempre: ¡Amor! Mi corazón, los corazones de todos nosotros, están podridos. Cada uno de ellos es el símbolo de nuestra turbulenta sociedad. Somos las ovejas negras de la naturaleza. Ella nos concedió un corazón para amar. ¿Lo escuchamos? Destruimos nuestros corazones aniquilando los de los demás. Los corazones se hastían dentro de nosotros, se sienten víctimas de un fraude, enferman sin esperanza. Los corazones, nuestros ruines corazones, carecen de ilusión para palpar. ¡Se niegan a seguir latiendo. Únicamente... ¡Nicolás!

(Se levanta y va hacia él.)

NICOLÁS.-Perdona que no pueda verte, Cristina. ¿Te encuentras mejor?

CRISTINA.-Un obsequio tuyo me recuperaría totalmente.

NICOLAS.-Escatímarte algo... Soy tan feliz entre vosotros... ¡Me siento trasplantado en cada uno!

CRISTINA.-Tu cuerpo, Nicolás, es una fortuna venida a menos. ¡Muy útil para mí! Nicolás, por el alma de tus próximos difuntos... La postrera limosna...

(Le extiende la palma de la mano.)

¡Tu corazón humano, por el amor de Dios!

NICOLAS.-Está a tu disposición. Uno... tiene su corazoncito.

(Los demás rodean ilusionados a NICOLÁS.)

SERGIO.-¡Dios te lo pagará en breve!

NICOLAS.-Mi corazón late amorosamente... Tictac... Tictac... Tictac...

CRISTINA.-¡Nicolás!

(Abraza muy fuerte a Nicolás. Suena alta la música de striptease. UN MOMENTO. Cesa la música.

NICOLÁS muere y deja caer su cabeza. CRISTINA lo suelta restablecida. ALFREDO la abraza.)

ALFREDO.-¡Amor mío!

CRISTINA.-Tictac... Tictac... Tictac... ¡Poseo un corazón nuevo! ¡Todos estrenamos un corazón humano!

FLOR.-¿Qué hacemos con las migajas de don Nicolás?

(Los personajes se miran serios. UN MOMENTO. Vuelven a ser los de antes.)

CAROLINA.-¡Arrójelas a la basura!

FLOR.-Sí, señora.

(Empuja la silla con el cadáver de Nicolás y hace mutis por la derecha. Va creciendo la luz del nuevo día.

Se oye un grito del niño. CRISTINA hace mutis corriendo por la izquierda y FLOR entra por la derecha.

Los personajes se miran serios.. UN MOMENTO. Por la izquierda entra CRISTINA. Trae el niño en brazos. Desolada.)

CRISTINA.-¡Muerto!

ALFREDO, SERGIO, CAROLINA, DANIEL, CELIA y FLOR.-¡¡No!

(Se lo da a Flor.)

CRISTINA.-¡Haga lo mismo!

(Mutis de FLOR, con el cadáver del niño, por la derecha. Los personajes se tornan derrotados.

CARLOLINA se siente morir; SERGIO lleva las manos a su pierna derecha; ALFREDO agarra el brazo izquierdo; CELIA lleva las manos al ojo derecho; DANIEL agarra el brazo derecho; CAROLINA lleva las manos a la pierna izquierda; CRISTINA posa sus manos en su corazón.)

CAROLINA.-Me siento sin sangre noble en mi cuerpo. Mi pierna izquierda no tiene vida.

SERGIO.-Mi pierna derecha huye de mí.

ALFREDO.-Mi brazo izquierdo ha enmudecido.

CELIA.-Mi ojo derecho es todo oscuridad.

DANIEL.-Mi brazo derecho ha dejado de ser mío.

CRISTINA.-Mi corazón me dice adiós para siempre.

(Por la derecha entra FLOR. Lleva gafas oscuras.)

FLOR.-En mi ojo izquierdo no hay luz.

(Entregados.)

CAROLINA.-Nuestros cuerpos han rechazado los trasplantes de Nicolás.

SERGIO.-¿Qué va a ser de nosotros?

ALFREDO.-¡Han muerto nuestras ilusiones!

CELIA.-¡Hemos perdido la esperanza!

DANIEL.-¡Qué poco dadivosa es la gente humilde!

CRISTINA.-¡Cuántas diferencias sociales hay en la naturaleza!

FLOR.-Si un día volviese a sonar el vals...

(Suenan el timbre de la puerta de la calle. Se miran sorprendidos. FLOR abre la puerta y simula hablar. La cierra.)

SERGIO.-¿Alguna personalidad?

FLOR.-Un mendigo, señores.

(Los demás se miran ilusionados.)

CELIA.-Creía que se había extinguido su noble especie. ¿Cómo será?

CAROLINA.-Tendrá una sangre tan exquisita...

ALFREDO.-Me cautiva conocerle. Nos amenizará la fiesta con la luz del nuevo día.

CRISTINA.-Por favor. Flor, invítele a pasar.

(FLOR abre la puerta y hace mutis. Los demás retroceden expectantes hacia el centro del primer término. Se acicalan. Por el foro entra FLOR. Porta un maniquí. Viste ropa andrajosa. Guantes blancos muy sucios. La palma de la mano derecha extendida. Lo deja en el centro de la escena frente al público.)

FLOR.-Señores: ¡El mendigo está servido!

LOS DEMÁS.-¡¡Oh...!!

(Le hacen, al unísono, una grotesca reverencia. FLOR cierra la puerta y queda próxima a ella. Los demás se acercan entusiasmados al maniquí y lo rodean.)

CAROLINA.-¡Mi adorable indigente!

(Se oye fuerte el aullido de un lobo.)

CELIA.-Oh... ¡Seduce su melodiosa voz!

SERGIO.-Nos complace mucho tan reconfortante visita.

(DANIEL le baja la mano.)

DANIEL.-Baje usted su mano. El protocolo entre amigos...

(Se oye menos fuerte el aullido.)

ALFREDO.-Dígnese tomar posesión de esta humilde casa.

(Se oye muy débil el aullido.)

CRISTINA.-Desde ahora, mi querido pordiosero, considérese uno más de la familia.

(FLOR se aproxima al grupo. Suena fuerte la música de striptease. Los personajes, devoradores y ajenos unos de otros, le van quitando al maniquí y arrojando al suelo, siempre al ritmo de la melodía, sus ropas hasta dejarlo en **UN ESQUELETO**. Cesa la música. Los personajes se movilizan como en una fotografía, mirándolo triunfantes. **UN MOMENTO**.

Lentamente cae el

TELÓN

La Coruña, 10 de junio de 1.989

FINAL DE “LA FORTUNA DEL MENDIGO”.